

# PROCESO TURONENSE

LLEVADO A CABO EN TOURS  
EL AÑO 1513  
PARA LA CANONIZACIÓN DE  
SAN FRANCISCO DE PAULA

Introducción y traducción: P. Abilio León, OM

## INTRODUCCIÓN

*El Proceso de Tours es el primero y más importante que se efectuó en Francia con vistas a la canonización de San Francisco de Paula; ya que el de Amiens no recogió más que la declaración de un solo testigo y que transcribimos aquí en apéndice. En cumplimiento del breve pontificio "Dilectus filius" del papa Julio II, el Obispo de París, Rdm. D. Esteban Poncher, juntamente con los Señores Obispos de Auxerre y de Grenoble, con fecha de 25 de noviembre de 1512, delegaron sus funciones en dos canónigos de la diócesis turonense, D. Pedro Cruchet y D. Pedro Chabrimon, los cuales, con la asistencia del notario D. Jacobo Tillier, perteneciente a aquella misma diócesis, iniciarían el Proceso el día 19 de julio de 1513.*

*El Proceso se desarrolló en un total de 21 sesiones. Efectivamente hubo 8 en el mes de julio, 11 en el mes de agosto, 1 en septiembre y la última, el 7 de diciembre. Durante dichas sesiones se oyeron las declaraciones de 57 testigos, de los que 33 son varones y 24 son mujeres. Las sesiones se tuvieron todas en la Curia arzobispal, menos la del día 13 de agosto en que se escuchó a los frailes Mínimos fray Martín de la Haye, el P. fray Leonardo Barbier y el seglar Sr. Alejo Dargouges, que fueron atendidos en el convento de Jesús-María de Plessis du Parc.*

*A diferencia del Proceso cosentino, en este caso los testigos no tienen un cuestionario al que responder, sino que únicamente se les pide que digan cuanto saben sobre la vida, fama y milagros de Francisco, al que en el texto se le menciona habitualmente como el "difunto" hermano Francisco. Todos, una vez recibidos por el tribunal, prestan juramento ante los santos Evangelios y comienzan su declaración. Y, como era lógico, menos D. Esteban Lancea, el sacerdote oriundo de Calabria, todos hablan de cosas relativas a la estancia de Francisco en suelo francés, o sea desde su traslado definitivo a Francia en 1483 hasta el día en que hacen su declaración ante el tribunal eclesiástico.*

*Entre los declarantes los hay de todas las condiciones sociales, desde el noble y magistrado hasta el albañil; desde la viuda del presidente del Senado de Grenoble, hasta la mujer de un albartero. Entre otros está el barbero del convento de los Mínimos, el albañil que ayudó a levantar el convento de Plessis du Parc; hay también un pintor de cámara, un carnicero, un cocinero y un fontanero del rey, incluso el tesorero de las salinas regias; hay un jubilado que había pertenecido al personal de la guardia del rey Luis XI, y hay un camarero del mismo monarca. Encontramos incluso un protonotario apostólico, que gozaba también de los títulos de conde palatino y de limosnero imperial; hay dos abogados de la Curia metropolitana de Tours, uno de los cuales era también secretario del Arzobispo; hay un lugarteniente general de la Bailía de Tours, hay un sacerdote italiano, que por lo que se deja entender del texto está en Tours de paso, y hay también tres frailes Mínimos.*

*Llama la atención que casi todos ellos conocieron y trataron a San Francisco en el convento o dependencias del mismo. Por sus declaraciones da la impresión de que el buen Padre nunca salió de aquel recinto o al menos de la ciudad de Tours. La figura humana y espiritual de San Francisco que se desprende de cuanto dicen es la de un hombre mayor, que "vivía solo en una casita retirada dentro del recinto del convento", que llevaba una vida muy austera, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a la oración y al trabajo en el huerto y que siempre hablaba por medio de un intérprete. Efectivamente parece que sólo hablaba en calabrés, su lengua materna. No obstante cuantos tienen oportunidad de escucharle quedan admirados por lo que dice y cómo lo dice. Son varios los testigos que, por el porte y género de vida que llevaba, lo presentan cual otro Juan Bautista. Y alguno llega a afirmar que si estuviera permitido lo llamaría ya santo.*



asimismo obtuvo de Nos y de nuestros predecesores la confirmación de su Institución y Orden, y que debido a la ejemplaridad de su vida, el olor de su buena fama, la devoción del pueblo y la divulgación de sus milagros, el papa Sixto IV, de feliz memoria, predecesor nuestro y tío nuestro según la carne, a petición de Luis, rey de Francia, de esclarecida memoria, le mandó que se trasladara a Francia, a presencia del mismo Rey. Que así mismo se levantaron y construyeron con la ayuda de los fieles muchos conventos de dicha Orden bastante grandes en los reinos de Francia, España y Alemania y en las regiones de Sicilia, Calabria y Apulia. Con sus oraciones y méritos, el Altísimo se dignó obrar muchos milagros, y ello puede saberse por la declaración de testigos fidedignos, cuya muerte se teme, dada su avanzada edad. Y como quiera que el General de dicha Orden y los profesos desean que no perezca la verdad, a causa del posible fallecimiento de los mismos testigos, quieren que se examinen sus declaraciones y se les dé una forma pública y oficial. Nos, en atención al mismo Roberto Cardenal, que profesa a dicha Orden singular devoción y afecto, accediendo a los ruegos del General y de los mencionados profesos, por la presente encargamos y ordenamos a vosotros y a cada uno de los vuestros que, bajo nuestra autoridad, averigüéis diligente, fiel y sabiamente sobre la fama, vida y milagros del mismo Francisco realizados en su vida. Y todo lo que comprobéis que es verdadero nos lo expongáis con fidelidad en vuestras cartas debidamente cerradas y protegidas con vuestros sellos, o procuréis enviárnoslo, sin que obste a ello constitución u ordenación apostólica alguna o cualesquiera otras disposiciones de signo contrario. Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del pescador, el día 13 de mayo de 1512, año noveno de nuestro pontificado.

Baltasar Iverdo.

A los Reverendos hermanos Obispos de París, Auxerre y Grenoble.

Como quiera que Nos no podemos ocuparnos en llevar a cabo la ejecución, indagación y examen de todo lo que antecede, dado que la multiplicidad de otros asuntos solicitan nuestra atención, por eso os encomendamos encarecidamente a vosotros y a cada uno de los vuestros, pues por Cristo tenemos plena confianza en vuestra pericia, probidad, ciencia y fidelidad, para que llevéis a cabo, indaguéis, os informéis y examinéis debidamente sobre los contenidos de este nuestro *Breve*. Para ello subdelegamos en vosotros de manera plena nuestra autoridad, confiándoos nuestras veces para que procedáis en todo a tenor de las presentes cartas. Sin embargo, no queremos ni pretendemos por esta subdelegación que os hacemos, prejuzgar en lo más mínimo la actuación de nuestros colegios, sino que en este asunto puedan proceder libremente en sus diócesis y en las vecinas a las suyas en todo aquello que les fuera requerido y les pareciera que así les conviene. Dado bajo nuestro sello, el día 25 del mes de noviembre, el año del Señor 1512.

Tras la presentación y recepción de vuestras cartas dirigidas a nosotros y por nosotros, queremos obedecer a vuestros mandatos y móviles apostólicos, es decir, a vuestra voluntad de indagar sobre la fama, vida y milagros del difunto hermano Francisco de Paula hechos a lo largo de su vida. Con este fin hemos recibido a los testigos mencionados, les hemos hecho jurar, a veces por separado, a veces conjuntamente. Así lo hemos hecho con arreglo a lo que se contiene en sus disposiciones sobre el examen previo de los testimonios, hallándose presente con nosotros y por nosotros agregado, el reverendo Dr. D. Jacobo Tillier, abogado de la Curia metropolitana y apostólica de Tours, y notario jurado de la misma. Él ha estado presente en el examen de los mismos testigos y lo hemos puesto por escrito y lo mandamos bajo nuestro sello, fielmente cerrado y signado con nuestros sellos y el del ya mencionado Tillier, a vuestra Paternidad reverendísima, santísimo Señor nuestro Papa, y a fin de que llegara a vuestras manos lo transmitimos a la Santa Sede Apostólica. Salud en el Señor.

P. CRUCHET (signo) Concomisario  
o (?) subdelegado.

P. CHABRION (signo) pro Comisario Colega  
y subdelegado.

JA. TILLIER (signo) Notario  
agregado

## (TEXTO DE LA DECLARACIÓN DE LOS TESTIGOS)

1

### Juan Bourdichon

El honorable D. Juan Bourdichon, pintor y fámulo de cámara del Rey, nuestro Señor, es vecino de Tours y tiene unos cincuenta y seis años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet y Pedro Chabrimon, comisarios o subdelegados ya referidos, estando presente el notario Dr. Jacobo Tillier; luego ha prestado juramento tocando físicamente los santos Evangelios, colocados ante nosotros, y después ha sido examinado en Tours, el 19 del mes de julio de 1513, sobre la vida, fama y milagros de Francisco de Paula, que mientras vivió fue General de la Orden de los Mínimos.

Declara que lo conoció y que habló con él hace unos quince años, o sea en el momento en que él entró en la casa real de Francia. Desde entonces siempre oyó decir de él que gozaba de fama muy laudable, que llevaba una vida solitaria, que sólo tomaba alimentos cuaresmales y que nunca le vio comer ni beber. Oyó también decir a muchos italianos, de los que no sabe sus nombres, que el propio hermano Francisco, con sus oraciones, había obrado muchos milagros en la región de Calabria, de donde se decía que era oriundo; pero no sabe qué milagros son. Declara además que doce años atrás vio muchas veces al hermano Francisco de Paula en su convento de Mínimos, junto a Plessis du Parc, muy cerca de la ciudad de Tours. Con él conversó muchísimas veces, viendo en él a un hombre devotísimo en palabras y por el ejemplo, cosa que hacía patente con sus devotas y divinas exhortaciones así como por sus glosas y prodigios. Y todos consideraban que vivía con tal austeridad que, a juicio del testigo, ningún mortal podía vivir de aquella manera en aquel tiempo. También se decía comúnmente que muchas personas de este reino de Francia, gracias a sus plegarias, habían obtenido del Señor cosas que nunca hubieran podido alcanzar por sí mismas o por otros medios.

Asegura asimismo que el hermano Francisco llegó a su último día en un Viernes Santo, pero no recuerda el año. Después de su muerte el testigo que habla se acercó al convento de los Mínimos y vio el cuerpo del hermano Francisco exánime y, con el fin de pintar la semblanza de su rostro según la vera efigie de su cuerpo, la modeló y dejó impresa. (*Dice que*) estuvo presente en las exequias del difunto, a las cuales asistió una gran multitud de fieles como si de un santo varón (*se tratara*). La gente volvía alegre y consolada en gran medida de haber visto al difunto, pero pesarosa por su muerte.

Declara además que como quiera que el cuerpo del difunto había sido inhumado en tierra, muy cerca del río Cher, y las aguas en tiempo de crecida podrían subir muchas veces y rebasar el caudal, con ello se temía que el cuerpo del difunto podría acelerar su descomposición. Los frailes del convento llegaron a la conclusión (como por su parte opinaba también la ilustrísima Princesa, Señora Condesa de Angulema) que se exhumara el cuerpo de la tierra en que yacía, y merced a un sarcófago de piedra se levantara más de lo que estaba; cosa que al fin se hizo pasados diez o doce días después del entierro, estando presente dicho testigo. Efectivamente, fue levantado el cadáver de la tierra y colocado en un sarcófago de piedra. Y vio el rostro del difunto, que, a pesar de haber transcurrido diez o doce días, apareció tan sano y tan entero y sin corrupción alguna como se hallaba el día en que fue enterrado, exento de fetidez. Esto lo sabe porque deliberadamente lo tocó, o sea acercó su cara a la del difunto y la tocó, y consideró esto un verdadero milagro.

Asegura también que moldeó de nuevo o imprimió la cara del difunto a fin de pintarla con mayor precisión. Interrogado si sabía si el cuerpo había sido eviscerado o se le había practicado la autopsia, contestó que no lo sabía. Asimismo testifica que para esta última inhumación se decía comúnmente entre la gente que el sepulcro de piedra en que descansa el cuerpo del difunto fue hallado milagrosamente y que fue llevado a dicho convento. Porque se rumoreaba entre los frailes de dicho convento y demás circunstantes, al tratar de hallar el sepulcro de piedra donde depositar el cadáver, que en cierta encrucijada situada en la cercana parroquia de Bellan, distante unas tres millas del convento, había una grande y pesada piedra, esculpida a modo de túmulo o sepulcro, en gran manera idónea, que sería bueno traerla. Esta decisión agradó a los presentes, siendo transportada con suma facilidad, a pesar de que, como se comentaba habitualmente, anteriormente no había sido posible moverla con una cuadriga ni siquiera con varias. Por lo que se decía comúnmente entre los presentes que aquello había sido un milagro.

Y, excluida toda motivación ilícita, esto es cuanto declara.

2

## Miguel Marseil

Miguel Marseil, es albañil y vive en la parroquia de Santa María La Riche; tiene unos cuarenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet y Pedro Chabron, comisarios o subdelegados susodichos, estando presente con nosotros el notario Dr. Jacobo Tillier; luego, tocando físicamente los santos Evangelios, colocados ante nosotros, ha prestado juramento, y después ha sido examinado en Tours el día 19 del mes de julio del año del Señor 1513, sobre la vida, fama y milagros del hermano Francisco de Paula, que mientras vivió fue General de la Orden de los Mínimos.

Dice y declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula en el convento de los Mínimos, cerca de Plessis du Parc, durante los tres o cuatro años que vivió en Tours antes de la muerte (*del Hermano*), pues por su trabajo (*Francisco*) le llamó para construir una parte del edificio o casa de dicho convento junto con el difunto Juan Bussières. En aquel tiempo se decía que dicho difunto de Paula vivía una vida muy austera; y recuerda que el referido Bussières le dijo muchas veces que desde el tiempo en que había empezado a trabajar en dicho convento había hecho grandes progresos en el bien. Lo debía, según creía, a las oraciones de dicho difunto, ya que Bussières, según él mismo decía, había empezado a trabajar allí desde muy joven cuando llevaba una vida liviana. De ahí que el mencionado difunto le exhortara a iniciar una vida según el temor de Dios. Por eso Bussières, que había llegado a ser rico y poderoso, decía que todos sus bienes los había conseguido gracias al auxilio y consejo del difunto de Paula.

Además declara que Francisco murió el día de Viernes Santo, pero no recuerda el año. Después de su fallecimiento, el referido testigo y el difunto Bussières fueron invitados a inspeccionar la fosa en la que había de ser inhumado el difunto, fosa que estaba en la iglesia del convento, o sea en una capilla del templo, en la parte derecha. Francisco fue enterrado el lunes de Pascua en un sarcófago de madera, en la fosa que arreglaron el testigo y Bussières, (*quedando la fosa*) como es costumbre, cubierta por el pavimento. Luego, el jueves siguiente, el testigo y Bussières, requeridos por algunos frailes de la comunidad fueron al convento y abrieron la fosa en que había sido enterrado Francisco, y extrajeron su cuerpo.

La razón era porque se decía que la ilustrísima Princesa Señora Condesa de Angulema, oídos algunos comentarios, consideraba que el lugar en que se ubicaba la tumba era muy húmedo, sobre todo en tiempos de crecida del río Cher, adyacente y casi contiguo al convento. Por tal motivo no quería que el cuerpo del hermano Francisco permaneciera allí, sino que se colocara en un sarcófago de piedra, para que resistiera más fácilmente en caso de posibles inundaciones. Así que, extraído el cuerpo de la fosa predicha, el mismo testigo y el difunto Juan Bussières hicieron otra fosa en forma de caparazón de tortuga en la misma capilla, permaneciendo allí varios días para terminar la obra.

Durante este tiempo el cuerpo del hermano Francisco de Paula permaneció fuera de la tierra, y acabada la obra de la segunda fosa en forma de caparazón de tortuga, el testigo dice que estuvo presente cuando el cuerpo de Francisco fue sacado del sarcófago de madera y colocado en el túmulo de piedra. Fue entonces cuando vio parte del cuerpo y rostro del difunto descubierto, y pudo apreciar que estaba sano, íntegro e incorrupto; exactamente como estaba el día en que fue inhumado dicho cuerpo, ni maloliente ni eviscerado. Y esto lo sabe porque tocó el cuerpo y observó sus extremidades inferiores, por lo que quedó profundamente admirado.

También declara que el túmulo de piedra en el que por fin fue inhumado el cuerpo del difunto Francisco fue encontrado en la parroquia de Bellan, distante de dicho convento una legua y media o tres millas, y que por entonces se decía que el aludido túmulo estaba en un camino público donde molestaba mucho y del que no se había podido quitar, y que al destinarlo para hacer su sepultura fácilmente se pudo trasladar. Dice asimismo que en las exequias de dicho difunto era tal la afluencia de pueblo que parecía una enorme comitiva. Afirma además que después del entierro se acercó al convento una persona procedente de Angers, con su esposa y uno de sus hijos, de ocho o nueve años, junto con el criado y la criada, con la esperanza, según decía, de ver aún con vida al difunto Francisco, cosa que, evidentemente, no pudo ser. Dicha persona y sus acompañantes, al ser preguntados por alguno de los frailes del convento, dijeron, estando presente el testigo, que tiempo atrás un desconocido para el testigo refirió que había encomendado a su hijo enfermo a las oraciones del difunto Francisco, y que éste le había respondido que volviera a casa con el temor de Dios y su gracia, que el muchacho sanaría; lo que efectivamente así fue. Por tal motivo había venido, y había traído a su hijo para dar gracias a Dios y al hermano Francisco, a quien esperaba ver todavía vivo.

Preguntado si había declarado lo que antecede a impulsos de un presunto favor, requerimiento o precio o inducción, dijo que no, sino que lo que había declarado era todo cierto.

## Rdo. D. Juan Cormier

El reverendo Dr. Juan Cormier, presbítero y conde palatino, notario apostólico y limosnero imperial de Gandiaco, cerca de Tours; vive en esta ciudad y tiene unos cincuenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros los comisarios o subdelegados susodichos, estando presente el referido notario; luego, por sus sagradas órdenes, poniendo su mano en el pecho, ha prestado juramento y a continuación ha sido examinado en Tours el día 19 del mes de julio del año del Señor 1513.

Declara que, hace unos veintisiete años, que conoce al difunto fray Francisco de Paula, general, mientras vivió, de la Orden de los Mínimos, al que vio y con quien habló en varias ocasiones en el convento de los Mínimos de Plessis du Parc, cerca de Tours. Y que en el trato y coloquio con él el testigo jamás oyó que saliera de su boca una palabra fea; antes bien, las palabras que salían de sus labios siempre estaban llenas de devoción y contemplación, y siempre eran de exhortación a hacer el bien.

También declara que alguna vez entró en la pequeña celda de Francisco y que allí sólo vio un lecho sobre el que extendía unos sarmientos a modo de jergón, cubriéndolos con una basta tela vulgarmente llamada "*cannetè*".

Preguntado si le había visto comer y beber, dijo que no, pero añade que oyó muchas veces contar por los frailes del convento de Plessis du Parc que en veintisiete años para acá, tan sólo comía cuando la naturaleza se lo exigía, y que cuando le administraban pan y agua, a veces pasaba tres días sin comer ni beber. Y decían que sabían esto, porque transcurridos tres días, aún encontraban el pan y el agua que le habían servido.

Declara además haber oído y por referencias de un tal fray Baltasar, de la Orden de los Mínimos y confesor en otro tiempo del papa Inocencio VIII, de feliz memoria, y de otros frailes de dicha Orden, que Francisco de Paula viajó a Francia en tiempos de Luis XI, rey de Francia y de su sucesor, y que el rey Luis y el difunto Carlos VIII, su hijo y sucesor en el reino de Francia, y otros mandatarios, como obispos y príncipes, encomiaban a ultranza las virtudes y la vida de Francisco de Paula, cuya existencia discurría en un clima de temor de Dios y en la oración perseverante, dentro de la máxima sobriedad y austeridad de vida.

Asimismo declara haber oído decir al mencionado fray Baltasar que ningún mortal, desde el tiempo de San Juan el Bautista, había llevado una vida tan austera. En general antes de su muerte, se decía que no comía carnes ni lacticinios ni huevos, y era tanta su reputación que era considerado por todos como un santo. Murió el día de Viernes Santo hace unos seis años, y tras su muerte vio su cuerpo exánime; que la gente acudía para verlo como si de un santo se tratara. Y oyó decir de muchos que después de su muerte se habían encomendado a sus oraciones, y que lo que pedían lo habían obtenido.

Y esto es cuanto declara, excluidos cualquier tipo de favor u otros motivos ilícitos.

4

## Juan Gaudin

Juan Gaudin, es un mercader que vive en la parroquia de San Pedro de Corps, en los suburbios de Tours; tiene alrededor de sesenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros los comisarios o subdelegados ya mencionados estando presente el referido notario; luego ha prestado juramento tocando con este fin los santos Evangelios, y después ha sido examinado en Tours, el día 19 del mes de julio del susodicho año 1513.

Sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula, general, mientras vivió, de la Orden de los Mínimos, declara únicamente lo que sigue, o sea que nunca conoció al mencionado difunto, sino que durante su vida y después de su muerte oyó decir muchas cosas buenas a varios de los frailes del convento de los Mínimos de Plessis du Parc, a los que en varias ocasiones hospedó en su casa que está en la isla llamada comúnmente de Brehemon, que está junto al río Loira. Dichos frailes entregaron al testigo y a su esposa unas velas que, según decían, habían sido bendecidas por fray Francisco de Paula, para que las guardara bien, y, teniéndolas a buen recaudo, no perdieran sus bienes por una fortuita contingencia.

Declara además que hace como catorce o quince años en el río Loira, junto a Langeais, sobrevino una enorme tormenta de agua acompañada de un viento fortísimo. Fue tal la violencia del viento y la tempestad, que se desbordó gran cantidad de agua del río y con ella arrasó parte de una vivienda, así como los pertrechos de una nave con los instrumentos y útiles que en ella había, lanzándolo todo por los aires. Viéndolo el testigo y los que estaban junto a su casa, aterrorizados y presa de gran temor de que con aquel ímpetu su casa se derrumbara, se acordó de la velas que los frailes Mínimos le habían dado. Inmediatamente, a fin de evitar el peligro de muerte y la pérdida de sus bienes, mandó

encenderlas, y al instante el viento y el temporal reinante que amenazaban ya la casa del testigo, tal como se pensaba, sé desvanecieron y cesaron.

Asegura asimismo que las mujeres embarazadas que viven en aquellos lugares, en los dolores propios del alumbramiento, utilizaban aquellas velas (como lo supo por el relato de su esposa), y quedaban aliviadas de inmediato. Igualmente declara que hace unos doce años el fuego abrasó las casas de su madre y su hermano, junto con la granja del testigo y la mayor parte de su casa, quedando únicamente a salvo de las llamas la cámara baja de la vivienda en que se habían guardado las velas que en aquel momento estaban casi consumidas. El testigo pensó que si su casa hubiese estado protegida en aquella ocasión por dichas velas, no hubiera sido pasto de las llamas.

Y esto es lo que declara el testigo, excluidos cualquier tipo de favor u otros motivos ilícitos.

5

### Juan Jolys

Juan Jolys, mercader y hostelero, vive en los suburbios y parroquia de Santa María La Riche, de Tours; tiene unos setenta y cuatro años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros los comisarios o subdelegados antedichos, estando presente el referido notario; luego ha prestado juramento tocando físicamente con este fin los santos Evangelios y después ha sido examinado en Tours, el día 21 del mes de julio del susodicho año 1513.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula hace unos treinta años o más, ya que formaba parte de la escolta del Ilustrísimo Príncipe difunto, Luis XI, rey de Francia, y de la comitiva de Guynot de Bussières, mayordomo del referido rey Luis y de otros. (*En efecto también él*) por mandato del Rey fue a las regiones de Sicilia y Calabria para traer a Francia a Francisco de Paula que se hallaba con un fraile, compañero suyo, en cierto lugar del ducado de Calabria, en una casita, alejada de la gente y de sus viviendas, construida a modo de eremitorio. Lo encontraron y le pidieron que se trasladara a Francia, a la corte del rey Luis. El testigo junto con los demás embajadores enviados por el monarca (*con este fin*), permanecieron durante seis o siete meses en dicho ducado y reino de Nápoles, antes de que obtuvieran el consentimiento del hermano Francisco.

Durante este tiempo acudieron al santísimo Señor nuestro, el Papa que reinaba a la sazón, y al Rey de Nápoles y les suplicaron de parte del difunto rey Luis, que se dignaran convencer a Francisco para que fuera al reino de Francia. Por lo que el Santo Padre y el Rey de Nápoles enviaron sendas cartas y unos mensajeros a fray Francisco para que se desplazara a Francia. Éste, vencido por los ruegos e instancias de varones tan relevantes, dio por fin su asentimiento. Lo llevaron del lugar donde estaba antes hasta Nápoles. Después viajaron a Roma, donde el santísimo Señor nuestro, el Papa Sixto acogió benignamente al hermano Francisco, y recibida la bendición del Santo Padre, emprendieron viaje a Francia. Embarcaron en el puerto de Civitavecchia y atracaron en Marsella. Luego llegaron a la ciudad de Tours, en la que el hermano Francisco entró caminando a pie.

(*Añade también que*) luego vio bastantes veces al hermano Francisco de Paula en el convento de los Mínimos, junto a Plessis du Parc, construido y edificado en su tiempo, donde llevaba una vida sumamente religiosa, o sea forjada en la oración y otras devociones. Llevaba una vida de máxima austeridad por lo que corrientemente se decía que no había mortal que en aquel tiempo llevara vida tan austera; y era muy alabado por su fama y vida intachables.

Interrogado sobre los milagros del mencionado fray Francisco de Paula, declara que oyó decir que después de su muerte se originó un incendio en una casa de la diócesis de Tours. La señora que vivía en ella, al percatarse de ello, se encomendó a la intercesión del difunto fray Francisco, y enseguida cesó el peligro de las llamas. Pero desconoce el nombre y apellido de esta mujer y el lugar donde se ubicaba dicha casa. Atestigua asimismo que se decía que el hermano Francisco había obrado muchos milagros, pero que no sabe dar detalles.

6

### Emerico Bernardeau

El honorable Sr. Emerico Bernardeau, es mercader y vecino de Tours; tiene unos cincuenta y tres años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet y Pedro Chabrimon, comisarios o subdelegados ya mencionados, estando presente con nosotros como notario el Dr. Jacobo Tillier; luego ha prestado juramento sobre los santos Evangelios, colocados ante nosotros, tocándolos físicamente, y a continuación ha sido examinado en Tours, el 20 de julio del año del Señor 1513.

Sobre la vida, fama y milagros del hermano Francisco de Paula, General mientras vivía, de la Orden de los Mínimos, declara que lo conoció desde el tiempo en que éste llegó a Francia, hace unos treinta y cinco años aproximadamente, ya que desde aquella época visitó bastantes veces el convento de los frailes Mínimos, de Plessis du Parc, en el que estaba y ha estado fray Francisco de Paula hasta su muerte. Según pudo apreciar, Francisco era un hombre de gran santidad y vida de tanta abstinencia que a juicio del testigo ningún mortal, después de Juan el Bautista, pudo vivir con tanta perseverancia y por tan largo tiempo una vida tan austera como la del difunto fray Francisco. Nunca lo vio comer o beber. Declara además haber oído decir que después de la muerte del Ilustrísimo Príncipe, el rey Carlos VIII, nunca probó el vino.

Preguntado después acerca de los milagros del referido difunto, declara que mientras vivía el hermano Francisco el testigo fue víctima de una fiebre continua, ocasión en que fue visitado por dos frailes del mencionado convento turonense, uno de los cuales se llamaba fray Rolando de Chaumillon, entonces Corrector de dicho convento. El testigo, aquejado por tal enfermedad, suplicó a Rolando se dignara encomendarle a las oraciones de fray Francisco. Chaumillon volvió de nuevo con un fraile a ver al testigo para darle de parte de fray Francisco de Paula un ramillete de hierbas silvestres y le dijo que el hermano Francisco se lo enviaba y que rogaba que el Señor fuera su ayuda y que confiara en Él. El testigo confió plenamente en estas palabras y después quedó curado.

Además declara que el hermano Francisco murió el día de Viernes Santo, pero no recuerda el año, y que aquel mismo día acudió al convento una enorme multitud de gente con el deseo verle.

Esto es cuanto declara dicho testigo, excluido todo favor y otros cualesquiera motivos ilícitos.

7

### Francisco Laurens

Francisco Laurens, es cochero y vive en la localidad de Malfinis, en la parroquia de San Saturnino de Tours; tiene unos cuarenta años de edad aproximadamente. El testigo ha sido recibido por nosotros, los comisarios o subdelegados ya mencionados, estando presente el ya referido notario; luego ha prestado juramento, y a continuación, como los testigos anteriores, ha sido examinado en Tours, el día 20 del mes de julio de 1513, sobre la fama, vida, costumbres y milagros del difunto fray Francisco de Paula.

Declara que no lo conoció, pero que oyó decir de boca de muchos que llevaba una vida muy austera, tomando hierbas como alimento, y que gozaba de muy buena fama. Atestigua además que después de la muerte del hermano Francisco, el mismo que habla, fue enviado de esta ciudad de Tours a la parroquia de Bellau distante del convento de los Mínimos, alrededor de una legua, por cierta persona llamada De Beauregard, criado de la Ilustrísima Princesa, Señora Condesa de Angulema, para que cargara en la cuadriga con sus caballos una piedra que allí había a modo de sarcófago, a fin de inhumar (*en ella*) al difunto fray Francisco. Llegado allí, a la parroquia de Bellau, el propio cochero comprobó que la piedra estaba en un camino público. Con otros cuatro hombres más la cargó en su cuadriga, y con sus cinco caballos la transportaron cómodamente al convento de los Mínimos.

Declara además que en el momento que cargaba la piedra en la cuadriga llegaron unos parroquianos vecinos de Bellau, que él no conoce, asegurando al testigo y a los que estaban con él que en alguna ocasión habían oído decir a los antiguos que habían llegado a aquel mismo lugar hasta dieciocho yuntas de bueyes para levantar y llevar aquella piedra al lugar del comendatario de San Juan, lugar cercano de allí, pero que no habían podido. Preguntado sobre la magnitud y calidad de aquella piedra, dice que era tallada y redondeada a modo de túmulo y bastante larga, de modo que él mismo, que es de gran estatura, se estiró en ella y no pudo tocar la parte anterior y posterior de la piedra con las extremidades de su cuerpo.

Y esto es lo que declara el testigo.

8

### Carlos Chepault

Carlos Chepault, es cochero, vive cerca del establo de los caballos, en la parroquia de San Pedro de las Puellas, de Tours y tiene unos 27 ó 28 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros, los comisarios o subdelegados antedichos, junto con el referido notario; luego ha prestado juramento y, como los testigos anteriores, ha sido examinado en el susodicho día 20 de julio de 1513.

Sobre cuanto sabe respecto de la vida, fama y milagros del difunto fray Francisco de Paula declara que nunca lo conoció ni lo vio, pero sí oyó de labios de muchos que llevaba una vida intachable y santa. Declara además que después de la muerte del hermano Francisco, él figuraba como servidor en la comitiva del ahora difunto Juan Beaumont, jefe mayor del servicio de cuadrigas reales. Viajó desde la ciudad de Tours hasta la parroquia de Bellau, distante del convento de los frailes Mínimos de Plessis les Tours como una legua. Llegados allí encontraron en el camino público, junto a una cruz, una piedra en forma de sarcófago, larga y ancha, de tal longitud que Francisco Laurens, se estiró dentro de ella y no podía tocar con sus pies los extremos de la piedra. Después él mismo junto con otros cuatro hombres, o sea Laurens, Beaumont, Yvonet -cuyo apellido ignora-, y un tal Juan Thoreau, colocó la piedra en la cuadriga, y la trasladó fácilmente hasta el lugar del convento de los Mínimos.

Testifica además que mientras él y sus compañeros cargaban la piedra en la cuadriga, llegaron unos hombres y unas mujeres procedentes de la parroquia de Bellau, que aseguraron al testigo y a los otros cuatro que estaban con él que habían oído decir a los antiguos del lugar que en alguna ocasión se habían uncido hasta dieciocho yuntas de bueyes para cargar y trasladar dicha piedra desde el lugar donde estaba hasta la casa rectoral de San Juan, de dicho lugar de Bellau, y a pesar del poco espacio que hay no la pudieron transportar. Por lo que ante su mirada, con tan sólo dos yuntas de bueyes, el testigo y sus compañeros la cogieron y la transportaron al referido lugar.

Y esto es cuanto declara el testigo, excluido todo favor o cualesquiera otros motivos ilícitos.

9

### **Beltrán Bournault**

Beltrán Bournault es mercader de paños de lana, vive en la parroquia de San Saturnino, de Tours, y tiene unos sesenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros, los comisarios o subdelegados, estando presente el referido notario; luego, como los testigos anteriores, ha prestado juramento, siendo examinado en Tours, el susodicho día 20 del mes de julio de 1513, sobre la vida, fama y milagros del hermano Francisco de Paula.

Declara que conoció al difunto fray Francisco -que mientras vivía fue General de la Orden de los frailes Mínimos-, desde el momento en que vino a Francia a instancias del difunto rey Luis XI, y que pudo hablar y tratar muchas veces con él, pues él mismo era quien proveía de telas o paños al difunto y a sus religiosos para confeccionar sus vestidos y también porque su hermano, Eloy Desbourdes, y después Pedro Bournault, hijo del mismo testigo, entraron en religión en dicha Orden de los Mínimos.

Asegura asimismo que el mencionado difunto fray Francisco de Paula era hombre de buenas y honestas costumbres; que llevaba una vida santa y solitaria, y que (como se decía habitualmente) se contentaba con pan y frutas solamente, aunque él no lo sabe, ya que nunca le vio comer ni beber.

*(Dice que)* el difunto le exhortó muchas veces a que observara los preceptos del decálogo, y que todos los que le habían conocido juzgaban que llevaba una vida santa y austera.

Declara también que el difunto murió un Viernes Santo; el año no lo recuerda. Después de su muerte el testigo fue hasta el convento donde había una gran multitud de pueblo y afluencia de fieles. Y añade que no pocas veces oyó decir que en aquel tiempo el difunto obró muchos milagros o por lo menos los obró Dios por sus preces. Pero no sabe de qué milagros se trata ni a favor de qué personas los hizo.

Y esto es cuanto declara el testigo, excluidos todo favor o cualesquiera otros motivos ilícitos.

10

### **Dña. Catalina Bergerelle**

La honesta señora Catalina Bergerelle es viuda del difunto Hugnet Mansays, que en vida trabajó como orfebre de Tours. Vive en la parroquia de San Saturnino de la misma ciudad y tiene unos cincuenta años de edad. La testigo ha sido recibida y ha prestado juramento ante nosotros, los comisarios o subdelegados, antes referidos, y en presencia del susodicho notario; luego ha sido examinada en Tours, el día y año susodichos sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula, General de la Orden de los Mínimos, que vivió en el convento de sus frailes, cerca de Tours, junto a Plessis du Parc.

Declara que conoció al difunto mucho antes de su muerte, cuando vivía unida a su marido por el vínculo y alianza del matrimonio, y tras la muerte de su esposo conversó bastantes veces con él, recibiendo de él instrucciones y consuelos espirituales. Dicho difunto era humilde y devoto, según se reflejaba en sus gestos y palabras, y se decía que

llevaba una vida muy austera y exigente; (*dice que*) nunca le vio comer ni beber y que se le consideraba como varón de vida santa. La misma testigo, al quedarse viuda y verse afligida por tantas cosas, cuando hablaba con el difunto, volvía a casa consolada y con el alma sosegada.

Añade además que tras la muerte del difunto fray Francisco, le sobrevino a ella cierta enfermedad o dolencia en una de sus mejillas, por lo que se le inflamó y endureció, superando visiblemente el volumen de la otra. Por esta razón y para que no la viera la gente, la testigo cubría la zona inflamada con un paño de seda negro. Con el fin de conseguir la curación acudió bastantes veces a médicos cirujanos, pero nunca obtuvo de ellos remedio alguno; de hecho, aunque no tenía un gran dolor, la hinchazón duró casi seis años. También hizo peregrinaciones a algunos lugares, como a la santísima Virgen María de Clery y a Beaugency, por la fiebre cuartana que había sufrido durante trece meses; pero lo hizo no con ánimo de recuperar la salud de la mejilla enferma, sino para dar gracias a Dios y a la Virgen por haberse curado de la fiebre cuartana. Pero al volver a su casa, viendo que la inflamación de su mejilla aún no había remitido, se encomendó devotamente a las oraciones del difunto fray Francisco de Paula, suplicándole fervientemente que si tenía algún poder ante Dios le alcanzara la curación de su mejilla, o cuando menos la desaparición de la inflamación, y de igual modo que le impetrara del Señor la curación de la gota por la que sufría muchísimo en una de sus rodillas. Hallándose en esta situación, la testigo se trasladó al convento de los frailes Mínimos de Plessis, donde la sepultura del hermano Francisco, y como mejor pudo se encomendó al Señor y a las oraciones del difunto. Sin embargo durante los seis días siguientes su mejilla se le empezó a inflamar muchísimo, de modo que le parecía que era fuego, se le puso colorada produciéndole mucho dolor. Los médicos o cirujanos no sabían qué cosa podía ser ni qué podían aplicarle. Mientras discurrían sobre el caso, antes de los cuatro días siguientes la mejilla empezó a eliminar por la boca y hacia dentro elementos superfluos, con lo que la testigo quedó curada y creyó que había obtenido la salud por la gracia de Dios, y la intercesión del difunto fray Francisco. Por lo que para dar gracias a Dios llevó a la sepultura de dicho difunto un cirio votivo en memoria de la mejilla curada y una figura de la rodilla.

Declara asimismo que oyó decir a Juana, mujer del difunto Martín Dolin, que habiendo concebido ella de su marido dos hijos, fue presa de tantos esfuerzos y dolores que los había tenido abortivos. Pasado un tiempo, quedó de nuevo embarazada, y temiendo le ocurriera lo de antes, acudió a la testigo y le rogó que la llevara al difunto fray Francisco que aún vivía, y le rogara que pidiera en sus oraciones a Dios por ella y a fin de que el niño que llevaba en su seno pudiera recibir el sacramento del bautismo, cosa que la testigo hizo. Efectivamente acompañó a la señora Dolin y a su marido al convento de los Mínimos, donde aún vivía Francisco, para exponerle el caso y pedirle que rogara a Dios por ella. El hermano Francisco tuvo palabras devotas y de consuelo para que cuando le llegara la hora del parto se lo hiciera saber y dijo que en cuanto él pudiera rogaría a Dios por ella. Pasado el tiempo la misma Dolin, al hallarse con los dolores del parto y recibidas unas velas bendecidas por el hermano Francisco, una de ellas la encendió enseguida dando a luz un niño vivo, según el relato fidedigno de la testigo. Ella no estuvo presente en el parto, pero el niño todavía vive.

También declara la testigo que en el tiempo en que murió el difunto fray Francisco vio a María, esposa de Rodolfo Vallée, orfebre que vivía en la parroquia de San Saturnino de Tours; desconoce cuál era la enfermedad que aquejaba a María, no obstante dice que sufría una opresión en el vientre que la constreñía gravemente y hacía que orinara sangre. Razón por la cual parecía que se trataba de tuberculosis o “morbo tísico”. Se encomendó a las oraciones del hermano Francisco y al fin se recuperó, según se lo comentó María a la testigo. Asimismo dice que oyó hablar a muchas personas de otros muchos milagros obrados por el difunto, pero no tuvo noticia cierta de ellos.

Y esto es cuanto declara, excluido cualquier tipo de favor y odio o cualesquiera otros motivos turbios.

### María de Vallée

María, es esposa de Rodolfo Vallée, orfebre de Tours; vive en la parroquia de San Saturnino y tiene unos veintinueve años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros, los comisarios y el notario antes mencionados; ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día y el año indicados más arriba, sobre la vida, fama y milagros del difunto fray Francisco de Paula, y declara que lo conoció, que lo vio y oyó hablar y que recibió de él palabras de consuelo.

Preguntada sobre su vida y fama, asegura asimismo que oyó decir que era varón piadoso, benigno y humilde, de vida íntegra y de mucha abstinencia. E interrogada sobre los milagros, declara que hace unos seis años a ella misma, estando embarazada, le sobrevino un dolor muy fuerte en el vientre de modo que con frecuencia le oprimía tanto que

creía que iba a expulsar a la criatura. En ese trance, a causa de tal dolencia expulsaba flujos de sangre. Así estuvo, aunque no de forma continua, por espacio de unos cuatro años, y a pesar de haber sido visitada muchas veces por médicos o cirujanos no pudo recobrar la salud. Por último se encomendó a Dios y a las oraciones del difunto fray Francisco, mandando celebrar una misa en la iglesia de su convento durante nueve días, prosiguiendo sus oraciones. Acabadas estas plegarias, no mucho tiempo después, por la gracia de Dios y, conforme ella cree, por las oraciones del mencionado difunto se recuperó de aquella enfermedad, que por tanto tiempo la había tenido incapacitada.

Asimismo declara que hace un año, más o menos, un niño de la misma testigo, de apenas dos años de edad, estaba continuamente aquejado de una fiebre grave y aguda, de tal suerte que parecía estar ya en las últimas, permaneciendo así durante tres días, de modo que nadie esperaba se pudiera recuperar. Entonces la misma testigo, encomendó su hijo a Dios y a los santos Martín, Claudio y otros, y sobre todo lo encomendó humilde y devotamente a las oraciones de Francisco, haciendo voto que si era del agrado del Señor que recuperara su hijo la salud, donaría una imagen de cera representando al niño y la colocaría junto al sepulcro del hermano Francisco. Poco después el pequeño recobró la salud y sigue vivo en la actualidad.

Declara también que hace unos seis años su marido, ya mencionado, estuvo enfermo de una dolencia vulgarmente conocida como pleuresía; además su percepción auditiva se hallaba bastante mermada, de modo que oía con gran dificultad. Viéndolo la testigo lo encomendó a Dios y a las oraciones del difunto Francisco, de manera que su esposo se recuperó de su pleuresía así como de la obturación de sus oídos. Añade también que en sus necesidades, cada vez que rogó devotamente a Dios por intercesión del difunto, consiguió cuanto pidió.

Expone también que vio a Catalina Bergerelle, viuda del difunto Hugnet Mansays, con una mejilla sumamente inflamada, de suerte que la hinchazón superaba con mucho en grosor a la otra mejilla, dándole un aspecto deforme; semejante inflamación le afectó durante unos siete años. La testigo supo y vio esto por el trato que con ella tenía, (*y añade que*) a pesar de haber acudido a médicos y cirujanos no pudo lograr que aquel mal cesara o se redujera. Por tal motivo la misma Catalina, según oyó de ella la testigo, se encomendó a Dios y a las oraciones del hermano Francisco, con lo que superada la inflamación recuperó la salud, gracias, conforme dijo a la testigo, a la mediación del difunto fray Francisco, pero no sabe más detalles. (*Lo que sí*) vio perfectamente la testigo (*fue*) un exvoto hecho de cera que reproducía media parte del rostro de Catalina, y que después llevó al sepulcro del difunto fray Francisco, según refirió a la testigo. Oyó también de labios de muchas personas de las que desconoce sus nombres, que se hicieron muchos milagros debido a la intercesión de dicho difunto, aunque no puede especificar los nombres de personas y cosas.

Y esto es cuanto ha declarado, excluido todo tipo de favor u otras cosas ilícitas.

12

#### D. Pedro Baillebis

El honorable y discreto Dr. D. Pedro Baillebis, maestro en artes y licenciado en leyes, de la curia metropolitana turonense, es abogado y reside en Tours, en la parroquia de San Pedro de Corps; tiene unos cuarenta y tres años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros, subdelegados o comisarios y el referido notario, y ha sido examinado bajo juramento el día, año y lugar arriba indicados.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula hace unos doce años, que lo vio y que conversó alguna vez con él. Era un varón de gran abstinencia y austeridad, humilde y afable. También oyó de labios de algunos frailes del convento que pasaba dos días, más o menos, sin comer ni beber, y muchas veces en sus comidas se alimentaba de hierbas, según se decía en el propio convento. Y oyó decir por los propios frailes, con los que trataba muchas veces, que en su conversación empleaba palabras divinas y santas exhortaciones, intercalando a propósito versículos de los salmos.

Preguntado acerca de los milagros, declara que oyó decir por algunas personas que el difunto bendecía velas de cera que luego se ofrecían a las mujeres que estaban de parto y en seguida se sentían liberadas. No obstante precisa que él no estuvo presente cuando alguna parturienta fue liberada por tal medio. Y tampoco conoció ningún otro hecho milagroso obtenido por intercesión del mencionado difunto.

Y esto es cuanto declara el testigo, excluido y rechazado todo tipo de favor o cualesquiera otras cosas ilícitas.

13

#### Juana de Daulin

La honesta señora Juana, es viuda del difunto Martín Daulin, vive en la parroquia de San Saturnino, de Tours, y tiene unos cuarenta y cinco años de edad. Como los anteriores, la testigo ha sido recibida por nosotros, subdelegados o comisarios y el referido notario, luego ha prestado juramento y ha sido examinada el día 20 de julio de 1513 sobre la vida, fama y milagros del difunto fray Francisco de Paula, general de la Orden de los Mínimos mientras vivió.

Al ser interrogada, declara que hace trece años y más, estuvo ella en cinta y, puesto que en partos anteriores había sufrido mucho, temía que en el siguiente padecería semejantes o peores sufrimientos; con tal motivo habló con Catalina, viuda del difunto Hugnet Mansays con el fin de ir al hermano Francisco de Paula para rogarle que pidiera a Dios por ella y le hiciera más leve el dolor del parto, y así lo hicieron. De hecho, la que habla, con Catalina y el difunto marido de la testigo, informaron detalladamente a Francisco sobre los graves peligros que había corrido la testigo en los partos anteriores, y éste les exhortó, sobre todo a la testigo, a que se encomendara a Dios y que tuviera confianza, que con la ayuda del Señor, superaría aquel trance. Luego, transcurrido el tiempo, llegó la hora del parto y empezó a enfermar. Viéndolo el marido, se fue al difunto fray Francisco, y le trajo unas velas de cera, con la exhortación de que tanto él como la testigo confiaran en el Señor. Vuelto a casa el esposo de la testigo, contó lo que le dijo, e hizo encender una de aquellas velas, y cuando se había gastado la mitad inmediatamente la testigo dio a luz un niño. Posteriormente tuvo otro, en cuyo parto no sufrió peligro alguno como el que había padecido antes de encomendarse a las oraciones del difunto fray Francisco. Y cree que el haberse sentido tan aliviada fue por la intercesión de dicho difunto.

Preguntada sobre los graves peligros por los que había pasado antes de contactar con el hermano Francisco contestó que en sus dos partos anteriores, a pesar de la intervención y pericia de los quirurgos, las criaturas habían salido a trozos. Por eso está segura que en sus partos posteriores, a los que acaba de referirse, fue ayudada por la gracia de Dios y la intercesión de dicho difunto. También afirma que oyó contar a una mujer, llamada Catalina Mansays, ya mencionada antes, que, por la intercesión de dicho difunto, se había curado de una hinchazón en una mejilla con la que había padecido durante mucho tiempo.

Interrogada sobre la fama y vida del difunto fray Francisco, declara que, conforme la gente decía de él, fue un hombre de una vida de gran austeridad, piadoso, humilde y lleno de caridad; incluso ella misma le oyó decir palabras divinas con que exhortaba a hacer el bien.

Esto es cuanto declara, excluido todo tipo de favor y otras cualesquiera cosas ilícitas.

14

### Juana de Bonhomme

La honesta señora Juana, es esposa de Hilario Bonhomme, vive en Tours, en la parroquia de Santa María La Riche y tiene unos cincuenta años de edad. Al igual que los testigos anteriores, Juana ha prestado juramento ante nosotros, subdelegados o comisarios, estando presente el notario, y ha sido examinada por nosotros el día 22 del mes y año susodichos, sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula, General de la Orden de los Mínimos mientras vivió.

Declara que conoció al difunto casi desde que éste, según oyó decir siempre, viajó al reino de Francia a ruegos del cristianísimo Luis XI, rey de Francia, porque el marido de la testigo era entonces, y es aún, herrero y (*como tal*) tuvo el encargo de hacer cerraduras, o sea cerrojos, llaves y otros enseres necesarios para poder cerrar el convento de dicho difunto, primero en el del patio bajo de Plessis-du-Parc, cerca de Tours, y luego en el que se construyó fuera, extra muros del mismo Parque. Con este motivo la testigo iba allí con bastante frecuencia, y trató al difunto de Paula hasta su muerte. Una vez lo vio con el difunto Elías, de feliz memoria, entonces Arzobispo de Tours, en la corte del rey Luis, también difunto, mientras le aquejaba la enfermedad. Y posteriormente lo vio muchas veces teniendo ocasión de conversar con él.

Declara también que las palabras que pronunciaba el hermano Francisco cuando hablaba con la testigo eran, según podía entender por sí misma o con ayuda de un intérprete, exhortaciones para que observara los preceptos del decálogo. Y según oyó contar a los frailes del convento, como mucho para comer tomaba hierbas y para beber agua, e incluso su marido —como asegura la testigo— le vio cultivar hierbas en el huerto para su sustento. Además oyó comentar a los mismos frailes que llevándole pan y vino cada tres días, pasados los tres días muchas veces y de forma alternativa habían encontrado el mismo pan y vino en el lugar donde se lo habían dejado. De hecho la testigo declara que ella misma comió de aquel pan y bebió de aquel vino.

Declara igualmente que vio algunas ollas o vasijas de terracota que el difunto colocaba para recoger el agua que, según decía ella, observó que goteaba; y que se decía que únicamente bebía de aquella agua y no de la de la fuente que había en dicho convento. (*Añade*) que reconoció en él a un varón humilde, afable y muy solitario; y sobre todo observó la testigo que cuando veía a mujeres se retiraba discretamente, de modo que apenas podía uno percatarse de dónde se ocultaba.

Declara además que tenía un hijo llamado Juan, que movido por devoción y buen celo hacia el hermano Francisco y acudiendo con frecuencia a dicho convento, solicitó ingresar en su Orden, o sea en la Orden de los Mínimos. De hecho fue recibido en ella y a vestir el hábito, de modo que fue admitido a la profesión, perseverando en la Orden hasta el fin de sus días.

Testifica asimismo que hace como diez u once años el hermano Francisco habló con la testigo y entre otras cosas él le dijo que ella había sufrido antes muchas tribulaciones y sinsabores y que padecería en el futuro otras semejantes y aún mayores. Sin embargo la exhortaba a que todo lo que le sobreviniera o iba a ocurrirle lo soportara con paciencia, por amor al Señor, añadiendo que haciendo esto al final iba a estar contenta.

Y de modo semejante asegura que en cierta ocasión, al cabo de un tiempo de haber recibido a su hijo como religioso en dicha Orden de los frailes Mínimos, el mencionado difunto de Paula tocando su vientre y hablando de su hijo, dijo a la testigo que su útero —el de la propia declarante— era inmejorable y que tendría un feliz parto agradable a Dios.

Declara también la testigo que ejerció con frecuencia el oficio de comadrona, tanto en vida de Francisco como después de su muerte, interviniendo por ello en el alumbramiento de muchas mujeres, algunas de las cuales se hallaban en un grave peligro, y no bien se encomendaban a Dios y a las oraciones del hermano Francisco de Paula, se veían liberadas del riesgo que entrañaba aquel trance, alcanzando de Dios lo que pedían, y sobre todo al encender en su habitación las velas de cera bendecidas por el de Paula.

Y especialmente declara que el Viernes Santo del año anterior al de la muerte de Francisco, la testigo estuvo asistiendo al parto de una tal Perrine, esposa de Janot de Chaulx, ayudante de nuestra serenísima Señora, la Reina Lingiarie. Allí estuvo durante un día y una noche hasta las cinco de la tarde junto a su lecho para atenderla en el parto; y como aquel día no había asistido a los oficios divinos, Perrine le pidió con insistencia que fuera al convento de fray Francisco y que le encomendara a Dios y a las oraciones del Hermano, y así lo hizo. Llegada al convento suplicó a fray Francisco Binet que encomendara a Perrine a las oraciones del hermano Francisco. Binet se alejó de la testigo volviendo poco después donde ella para decirle que el difunto Francisco le enviaba a decirle que regresara inmediatamente a casa de Perrine, porque dentro de una hora iba a dar a luz; cosa que así fue.

Testifica además que el mismo hermano Francisco el Jueves Santo lavó los pies a sus frailes e hizo que se le administrara la eucaristía; y al día siguiente, Viernes Santo, emprendió el camino de toda carne mortal, pero no recuerda el año exacto. En cualquier caso sabe muy bien que tuvo lugar el lavatorio de los pies a los frailes, así como la distribución de la eucaristía, ya que estuvo presente en ambos casos.

Interrogada sobre esto, declara que el difunto falleció el mencionado día de Viernes Santo, alrededor de las diez de la mañana; y lo sabe porque apenas entregó a Dios su espíritu, los frailes del convento mandaron a la misma testigo a que comunicara a determinados operarios del convento y familiares amigos la muerte del hermano Francisco, y así lo hizo.

Añade que transcurridos ocho días después de su fallecimiento, ella vio su cuerpo descubierto y que besó humildemente sus manos y sus pies, y que al besarlos no apreció olor desagradable alguno, sino que encontró su cuerpo como tibio y de tal modo entero y hermoso como si aún viviera. De igual modo declara haber oído decir al difunto preceptor de la escuela de San Juan de Balán que hace dieciséis o dieciocho años, más o menos, en su feudo, en el camino público había una gran piedra en forma de túmulo, que él había intentado llevar a su casa como abrevadero de animales, pero ni con nueve o diez yuntas de bueyes pudieron trasladarla, razón por la que seguía allí donde la testigo la vio varias veces siendo utilizada únicamente como abrevadero de ganados. Al cabo de cierto tiempo, pasando por allí la ilustrísima Princesa Señora Duquesa de Borbón y a instancias de los frailes de dicho convento de Mínimos de Plessis les Tours, pidió al mencionado difunto preceptor que le vendiera aquella piedra con el fin de utilizarla para sepultura del difunto fray Francisco de Paula que aún vivía. El preceptor respondió a la Señora Duquesa de Borbón que no se la vendía sino que se la donaba en obsequio, con tal que pudiera desplazarla o trasladarla a otro sitio.

Declara que en la semana de Pascua, en la inmediatamente siguiente a la muerte del hermano Francisco, el difunto Juan Bussières, el albañil, hizo transportar aquella piedra desde el lugar donde estaba en la parroquia de Balán hasta el convento de los frailes Mínimos, según oyó ella decir al mismo Juan Bussières, quien junto con el mismo

marido de la testigo le aseguraron que con solos tres caballos uncidos a una cuadriga transportaron con gran facilidad la piedra en cuestión, y que luego vio colocar en ella el cuerpo del difunto fray Francisco de Paula, donde está actualmente.

Y esto es cuanto declara, excluidos todo tipo de favores u otras cosas ilícitas.

15

### Juana de Vaillant

La honesta señora. Juana, viuda de Tomás Vaillant, vive en los suburbios de Tours, en la parroquia de Santa María La Riche y tiene unos cincuenta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los subdelegados o comisionados ya mencionados, estando ocupado en otros asuntos el reverendo Dr. Pedro Chabrion, colega nuestro, y, contando con la presencia del referido notario, ha prestado juramento y ha sido examinada el día, año y lugar anteriormente indicados, sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula.

Declara que nunca lo vio ni lo conoció, pero asegura que oyó hablar bien de él a un tal D. Pedro Briçonnet, militar y consejero general de finanzas de nuestro Señor el Rey, quien había requerido la presencia del difunto fray Francisco de Paula en su reino de Francia.

Asimismo (*supo*) por Juan Vaillant, hijo de la testigo, que únicamente se alimentaba de raíces, cosa que sabía gracias al mencionado Pedro Briçonnet, a quien (*a su vez*) se lo referían algunos de sus criados, a los que ordenaba que dieran a Francisco para comer lo que pidiera, y que sólo le suministraban raíces, porque era lo que pedía. En efecto el mencionado Vaillant lo oyó contar a los criados de Briçonnet (a quien también él prestó sus servicios), ya que se hallaba presente mientras los citados criados referían esto a Briçonnet, es decir que el hermano Francisco procuraba que le suministraran únicamente raíces.

Declara además que oyó muchas veces y de mucha gente comentar antes y aún después de la muerte del difunto fray Francisco que había vivido siempre una vida sumamente austera. Y no sabe más al respecto. En cuanto a los milagros, declara únicamente haber oído que Dios hizo muchos por las oraciones y mediación del mismo difunto, pero no sabe cuáles son ni en favor de quiénes los hizo.

Además declara que hace dieciocho años, más o menos, ella, la testigo, estuvo aquejada de una enfermedad grave por espacio de unos nueve meses, hasta el punto que todos -médicos, sacerdotes y otras personas- temían por su vida. Al verse así, la paciente suplicó a su difunto marido que la encomendara a las oraciones de los frailes Mínimos; lo que así hizo. Añade que le refirió en particular que uno de los frailes le comentó -al marido- que la había encomendado a las oraciones del difunto Francisco y a las de los demás frailes del convento. Que por tanto confiara en el Señor y que pronto se recuperaría. Y por la gracia de Dios poco después recobró la salud.

Y esto es lo que declara, excluidos todo tipo de favor u otros intereses ilícitos.

16

### Renata de Courselles

Renata, esposa de Pedro Courselles, mercader turonense, vive en la parroquia de San Saturnino y tiene unos cuarenta y cinco años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los comisarios o subdelegados predichos, y el notario arriba mencionado, hallándose ocupado en otros asuntos nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrion; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día y año arriba indicados.

Declara que conoció y vio a fray Francisco de Paula en el convento de los frailes Mínimos de Plessis du Parc, cerca de Tours; asegura haberle oído hablar, y que a ella y a sus acompañantes les dirigió unas palabras de espiritual exhortación que inducían a la humildad y a la caridad, según le refirió el intérprete; que lo vio también oyendo Misa humilde y devotamente en el convento; y que allí tuvo ocasión de percibir una señal de su talante humilde cuando al momento de ofrecerle a ella la paz, se la dio antes a fray Francisco Binet, religioso de la misma Orden, por ser éste presbítero.

Y acerca de su fama y vida austera (*dice que*) oyó contar a los frailes de dicho convento y a otras personas cosas admirables. Además al ser interrogada acerca de los milagros del difunto fray Francisco, dice que desde la fiesta de Todos los Santos, celebrada hacía poco, o cerca de ella, (*la testigo*) empezó a enfermar, y a partir de ahí a agravarse hasta la fiesta de la translación del bienaventurado san Martín, que se celebró el cuarto lunes del mes de julio, de modo que

dicha enfermedad empezó a agudizarse, hasta el punto que la testigo se sintió tan debilitada y extenuada, que ni con el arte y conocimiento de los médicos pudo recuperar la salud. Consciente de ello la testigo, el sábado siguiente, confiando en la ayuda de Dios, se encomendó al Señor y a la mediación de Francisco, por si cabía aún la posibilidad de alcanzar el auxilio que necesitaba. Es lo que (*mandó*) transmitir a la comunidad de frailes Mínimos a través de un hijo suyo de unos quince años, con el ruego de que se celebrara una misa en honor de la (*Santísima*) Trinidad, y pidiendo la encomendaran a las oraciones de los frailes, (*rezando*) conforme ella había aprendido del hermano Francisco, o sea, un Padrenuestro, tres Avemarías y un Credo. Aquel mismo sábado empezó a evacuar heces y orina, sintiéndose mucho mejor que antes, de forma que el domingo siguiente se levantó de la cama y, sentándose a la mesa con los demás, tomó la cena, y desde entonces dice sentirse totalmente sana. Ella está segura que esto lo obtuvo gracias a la intercesión del hermano Francisco y los otros frailes.

17

### Juana de Mesnaige

La honesta señora Juana, esposa de Juan Mesnaige, mercader de Tours, vive en la parroquia de San Saturnino y tiene treinta y tres años de edad. La testigo, como los anteriores, ha sido recibida y ha prestado juramento ante nosotros: Pedro Cruchet, y en presencia del mencionado notario, Tiller, estando ausente el Dr. Pedro Chabron, colega nuestro, por estar ocupado en otros asuntos; luego ha sido examinada en el lugar, día y año arriba mencionados sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula.

Al ser interrogada declara que lo conoció hace once años de verle y oírle, ya que recibió de él exhortaciones e instrucciones para que guardara los mandamientos de la ley de Dios. Acerca de su fama declara lo que comúnmente se decía en su tiempo, que llevaba una vida muy religiosa y devota y de la máxima austeridad.

Con respeto a los milagros declara que el año 1503, el jueves después de Pascua comenzó ella a sentir las molestias del parto debido a las cuales aquel día y el viernes siguiente sufrió mucho; tanto que los cirujanos y otros que estaban presentes empezaron a temer por su salud, ya que en modo alguno podía dar a luz. Por tal razón el sábado siguiente, a las cuatro de la mañana, algunos de sus amigos más íntimos fueron al convento del hermano Francisco a rogar a Dios por ella. El propio Francisco, tal como luego le contaron a ella, aconsejó a sus mismos familiares que elevaran oraciones por la parturienta y que confiaran en el Señor, porque superaría aquel peligro. Efectivamente, el mismo día, hacia las siete de la mañana, dio por fin a luz un niño, superando el peligro de muerte.

Testifica además que hace ocho años le sobrevino también a ella un cólico muy fuerte, de tal forma que no consiguió remedio alguno de parte de los médicos. Por espacio de dos días y dos noches no pudo eliminar agua de su cuerpo. En tal estado y humanamente desvalida, envió hasta el difunto Hermano un sobrino suyo, de nombre Alain, con el encargo de que rogara a Dios por ella. Aquél le entregó una vela de cera con un par de “paternonstres”, llamados comúnmente corona de la Virgen María, para que se los llevara a la testigo, ordenándole que rezara aquella oración bien ella o bien alguno de sus familiares más allegados. Recibidas (*las coronas*), empezó a rezarlas, pero no pudo llegar hasta el final, por lo que pidió ayuda a su madre para que las dijera, y poco después expulsó una piedra o cálculo del grosor de una nuez de amígdala, y desde entonces se encontró bien.

Declara además que justo en ese mismo año, próxima la fiesta de Santa Catalina, la misma testigo fue aquejada de una enfermedad tal, que, salvo la cabeza, no podía valerse de ningún miembro, por lo que se temía se tratara de una parálisis. Por ello mandó un mensajero donde el hermano Francisco rogándole que se dignara rezar por ella, al tiempo que mandaba se celebrase una Misa en honor de la Santísima Trinidad en la iglesia del convento de Francisco. A la vuelta el mensajero comentó a la testigo que el hermano Francisco había exhortado a sus frailes que rezaran por ella, y aquel mismo día, al cabo de menos de una hora, empezó a sentirse bien, y con la ayuda de Dios, poco tiempo después, quedó completamente curada.

Asimismo (*agrega la testigo*) que también en otras necesidades se encomendó al Señor y a las oraciones de los santos, particularmente a las de Francisco, hallando siempre gracia.

Y esto es cuanto declara, excluidos todo tipo de favor, odio, temor u otras cosas ilícitas.

18

### Juana Hameline

La honorable señora Juana Hameline, esposa de David Le Maistre, mercader de Tours, vive en la parroquia de la Santa Cruz y tiene cincuenta y seis años de edad. Recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, uno de los subdelegados o comisarios y el notario arriba mencionados, en ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, por estar ocupado en otros asuntos, la testigo ha prestado juramento como los anteriores, siendo luego examinada en Tours, el 23 de julio del año susodicho.

Al ser interrogada sobre la fama, vida y milagros del difunto fray Francisco de Paula, general de la Orden de los Mínimos mientras vivió, declara que lo conoció y lo vio varias veces en su convento, cerca de Plessis du Parc, y que habló bastantes veces con él, porque su marido tenía y tiene unas parcelas al lado de dicho convento, más aún, el mismo convento está construido sobre una de las parcelas de su marido.

*(Dice que)* el hermano Francisco siempre tenía palabras amables y que encarecía la observancia de los preceptos del decálogo, que la exhortaba a servir a Dios, a obedecer a su marido y a encauzar a sus hijos por el camino del bien, y que siempre vio en Francisco a un hombre afable, humilde y amante de la soledad.

Al preguntársele sobre la vida del hermano Francisco, y en particular sobre lo que comía y bebía, declara que nunca lo vio comer ni beber; no obstante asegura que oyó decir a algunos frailes del convento que se alimentaba sólo de pan y hierbas, y que para beber únicamente tomaba agua como mucho, y alguna vez, cuando hacía calor, bebía vino y antes de tomarlo le echaba un poquito de salvia. Y no sabe más.

En cuanto a los milagros afirma que oyó decir comúnmente que Dios obró muchos prodigios por medio del hermano Francisco; pero que no sabe más detalles, sino que por la fiesta de Santa Catalina, apenas celebrada, ella se vio aquejada de una grave enfermedad que afectó a su rodilla derecha, y que le duró alrededor de dos años, por lo que alguna vez se hallaba perpleja y tan débil que a veces ni podía tenerse en pie. Y en particular un día por la tarde, cerca de la fiesta de Santa Catalina, sin saber cómo, la enfermedad se atenuó y, como si estuviera transpuesta, recordó cómo a muchos el Señor los había socorrido por las oraciones de Francisco de Paula. Por eso mandó a una tal Dionisia Girarde a pedir nueve velas de cera y una más gruesa como la que tenía en la ventana, y le dijo que fuera al día siguiente al convento de los Mínimos de Plessis du Parc; y una vez allí que pidiera a un tal fray Albino, religioso del mismo convento, que durante nueve días encomendara a la testigo al Señor y a las oraciones del hermano Francisco, y que cada día ofreciera una de aquellas nueve velas. Transcurridos los nueve días, debía celebrarse una Misa para gloria de Dios. Luego la testigo ordenó a Dionisia que fuera a la mañana siguiente al convento a cerciorarse de si se había cumplido todo como se había dispuesto, y entonces recuperó la salud. Desde entonces nunca más padeció de aquella enfermedad, como no fuera por algún trabajo excesivo que realizara. Juana está segura que esto se debe sin duda a la gracia del Señor que obró por mediación del hermano Francisco.

Preguntada sobre si Dionisia al día siguiente había ido al convento de los Mínimos y había cumplido todo lo mandado, según se ha dicho arriba, contestó afirmativamente, ya que la misma Dionisia le contó después que había ido allí y que había cumplido con el encargo.

Y esto es cuanto ha declarado, excluidos todo favor y otros móviles ilícitos.

19

### Cornelio Crestien

Cornelio Crestien, mercero de oficio, vive en la parroquia de Santa María La Riche, en Tours y tiene unos cuarenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrimon, uno de los subdelegados o comisarios, y el notario, en ausencia del reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día 23 de julio del año 1513, sobre la vida y fama del difunto fray Francisco de Paula.

Declara que lo vio en vida y después de muerto y que lo conoció hace como diez años, justo desde el momento en que el testigo desempeñó su oficio en el convento del hermano Francisco, y que durante unos siete u ocho años lo vio y reconoció en él a un hombre particularmente humilde, afable y solitario, que le dio muchas veces su bendición, así como a otros que trabajaban en dicho convento o que se acercaban a él.

*(Dice que)* vio muchas veces que en su comida sólo tomaba pan y para beber, algo de vino que le llevaba en una bota un fraile del convento. Nada más sabe de su vida ni acerca de su fama sino tan sólo que antes y después de su muerte era tenido y fue siempre considerado por todos como varón de vida intachable y de conciencia muy delicada.

Con relación a los milagros no añade nada como no sea que el difunto Francisco murió el Viernes Santo; no se acuerda del año. Aquel día el testigo lo vio, como también un tal Miguel Treloppe y otros merceros que construyeron el sarcófago de madera en el que fue colocado y en el que estuvo su cuerpo durante tres días, al cabo de los cuales el testigo lo vio todavía íntegro (*o sea, incorrupto*) como lo estaba aquel día de Viernes Santo en que falleció.

Y esto es lo que declara.

20

### María de Ligier

María, viuda del difunto Andrés Ligier, mercader mientras vivió, tiene su domicilio en Tours, en la parroquia de la Santa Cruz; su edad son unos cuarenta y siete años. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabron, uno de los comisarios o subdelegados referidos, y el mencionado notario, estando ocupado en otros asuntos el otro reverendo, colega nuestro; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en el lugar y año susodichos, el día 26 de julio, sobre la fama, vida y costumbres del difunto fray Francisco de Paula, General mientras vivió de la Orden de los frailes Mínimos.

En primer lugar, al ser interrogada sobre la fama, declara que conoció a dicho difunto hace unos 25 años y que desde aquel tiempo tuvo oportunidad de dialogar muchas veces con él, y que le exhortaba a caminar en el temor de Dios y a servirle como mejor entendiera y le fuera dado entender a través de cierto fraile de aquel convento. Sobre su vida afirma que nunca le vio comer ni beber; pero que en general se decía que mientras vivió llevó una vida muy santa y austera.

En lo que atañe a los milagros, declara que han pasado ya seis o siete años desde aquel día de Viernes Santo que fue la última jornada que vivió el hermano y en la que murió en su convento de Plessis du Parc, cerca de esta ciudad de Tours. Esto lo sabe porque aquel día se hallaba en la iglesia de dicho convento. (*Añade que*) hace cinco o seis antes de la muerte de Francisco ella tenía una hija de unos seis años aquejada de grave enfermedad. Hacía ya un año, más o menos, que la padecía sin saber la testigo qué remedio podía darle para que recuperara la salud. Viéndolo la madre y confiando en la mediación del hermano Francisco, pidió a unos frailes de nombre Berto y Pedro Lebreton, ambos frailes de dicho convento, que encomendaran a su hija a las oraciones de Francisco. Y conforme le dijeron al día siguiente, así lo hicieron. El Hermano respondió que lo haría, pero que a la mañana siguiente dijeran a la testigo que el Señor quería a su hija consigo, pues aquel día entregaría su alma a Dios y que diera gracias por ello, y de hecho aquel mismo día su hija voló al cielo.

Declara además que hace como unos doce años, pasado el día de la Ascensión, una tía de la testigo, llamada Juana Roberde, cayó víctima de una dolencia grave, y como el Hermano difunto había tenido una gran amistad con ella, la testigo le comentó lo de la enfermedad de su tía. El viernes siguiente Francisco mandó a dos frailes de su convento a visitarla, y así lo hicieron, regresando de nuevo a su convento. Aquel mismo viernes volvieron a la casa de la mencionada Roberde, tía de la testigo, y según contaron a la testigo le dijeron de parte del hermano Francisco que la tía se sometiera a la voluntad de Dios, porque nuestro Señor Jesucristo se llevaría el domingo siguiente el alma de Roberde, lo que efectivamente ocurrió el domingo inmediatamente sucesivo a la fiesta de la Ascensión del Señor, terminando sus días, según le había anunciado Francisco. Esto lo sabe, porque estuvo presente en la muerte de su tía.

También declara que tras la muerte de Francisco, o sea, unos cinco años después, la testigo fue víctima de una enfermedad muy grave que afectó a uno de sus pechos durante trece meses hasta el punto que ni médicos ni cirujanos acertaban con el remedio. Viéndose así, se desplazó durante trece días hasta el convento de Francisco, encomendándose devotamente a Dios y a la intercesión del Hermano difunto con el fin de recuperar la salud de su pecho enfermo. Y dentro de los trece días, o por mejor decir, hacia la mitad y antes del fin del cumplimiento del voto, el pecho de la paciente empezó a curarse, ya que durante el tiempo en que cumplía la promesa hecha, el orificio de su mama se cerró, de modo que recobró totalmente la salud, y de tal suerte que en lo sucesivo no sufrió ya más. No le cabe la menor duda que esto lo obtuvo gracias a las oraciones del difunto fray Francisco.

Aún declara que desde la última fiesta de Pascua la testigo padeció de una apostema en uno de sus fémures -apostema que los cirujanos llamaban comúnmente “catarro”-, por lo que no podía valerse de dicho fémur. Por ello los médicos decían que si el Altísimo no lo remediaba, dicho fémur quedaría imposibilitado. Así las cosas, la testigo se encomendó a Dios y a la mediación del hermano Francisco, mandando para ello que celebraran una Misa en la capilla en que fue inhumado el hermano Francisco. Y aquel mismo día en que se celebró la misa para gloria de Dios, la testigo

que, como se ha dicho antes, no podía tenerse en pie, comenzó a andar. Y después, al cabo de un tiempo recuperó la plena curación del fémur; de modo que desde aquel momento jamás sintió dolor alguno en dicho hueso.

21

### Oliva de Mangois

Oliva, cuyo esposo Antonio Mangois es comerciante, vive en la parroquia de San Pedro de la Puellas, en Tours y tiene unos 32 ó 33 años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrion -estando ausente el reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que trata otros asuntos-, y en presencia del referido notario; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día y año arriba indicados.

Al ser interrogada sobre la fama y vida del difunto fray Francisco de Paula, declara en primer lugar que hace unos doce años vio al Hermano difunto, y que la exhortó a que observara los preceptos del decálogo, conforme le refería el intérprete, ya que las palabras que usaba Francisco eran de difícil comprensión para ella. Certifica además que conforme se oía decir muchas veces y ella misma oyó, Francisco llevaba una vida muy austera y solitaria, es decir, que nunca vivía con los frailes sino solo, en su celdilla, donde sus frailes le suministraban pan y un poco de vino para su sustento, según se decía comúnmente, así como que se alimentaba de pan y hierbas.

Sobre los milagros declara que hacía trece años, entre la fiesta de Todos los Santos y la Natividad del Señor, ella había dado a luz a un niño que murió al nacer, razón por la que deseaba tener otro hijo de su marido, pues confiaba en el Señor y en las oraciones del difunto fray Francisco. Así que rogó a un tal fray Berto, religioso de su mismo convento, que pidiera al Hermano suplicara por ella con el fin de poder concebir un hijo de su marido. Así lo hizo fray Berto, a lo que Francisco dio por respuesta que obtendría lo que solicitaba, a condición de que se esmerara en cumplir los mandamientos de la ley de Dios. Y de hecho, al cabo de un mes desde que fray Berto comunicó lo dicho de parte del difunto fray Francisco, ella quedó encinta y concibió, y más tarde dio a luz un hijo.

De igual modo asegura que transcurrido cierto tiempo, o sea hace ahora unos siete años -y cree que antes de la muerte de Francisco-, una mujer, esposa de Guillermo Cheurest, alias el borgoñés, curtidor de pieles afincado en la ciudad de Tours, quedó encinta. Embarazada de seis meses, cayó gravemente enferma, hasta el punto que, debido al flujo de sangre que padecía, se estaba quedando sin sangre. Entonces la testigo que era vecina suya, estando con ella, se acordó de que conservaba una vela de cera que le había mandado el difunto Francisco cuando supo que había quedado embarazada de su segundo hijo y que, como se ha dicho antes, nació bien. Se fue pues a buscarla a su casa y la encendió en la habitación de la borgoñona, fijándola en la pared.

También se acordó de que en otra ocasión hallándose otra mujer en trance de parto, en su alcoba se encendió una de las velas del Hermano difunto y que conforme había ordenado Francisco que se recitaran con devoción cinco padrenuestros y otras tantas avemarías, ahora la testigo se puso de rodillas, y tal como ella dice, empezó a recitarlos pidiendo por la borgoñona y por el niño que iba a nacer. Y antes de que acabara la recitación de los cinco padrenuestros y avemarías, la borgoñona se puso de parto y en menos de media hora dio a luz un hijo, siendo bautizado por la comadrona que allí estaba, como aseguraba ésta última.

Por último declara que vendió muchas veces en su casa a los frailes del convento sartas de cuentas hechas de madera para rezar la corona, y ello por un valor aproximativo de cien libras francesas. Y (según decían) era para que las bendijera el hermano Francisco y posteriormente fueran distribuidas entre los fieles que lo deseaban. Cada centena se vendía al precio de cuatro denarios de francos.

Y esto es cuanto declara.

22

### Gervasia de Lopin

La honorable señora Gervasia, viuda de un tal Dr. Juan Lopin, licenciado en leyes mientras vivía y (*que estaba al servicio*) del Señor de Nitraco, está afincada en la ciudad de Tours, en la parroquia de San Saturnino, y tiene unos sesenta y un años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrion, estando presente el tantas veces referido notario Tillier, pero con la ausencia del reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día 27 del mes de julio del año arriba indicado.

Al ser interrogada sobre la fama y vida del difunto fray Francisco de Paula, declara que lo vio y le conoció de vista hace unos dieciséis años, cuando se acercó a su convento situado extramuros, cerca de Plessis-du-Parc, para visitar

al difunto hermano de Paula, porque ya desde entonces y antes se decía, y posteriormente se dijo comúnmente que Francisco llevaba una vida austera y santa. La testigo entonces y más tarde mantuvo alguna que otra vez conversación con él, estando presente fray Francisco Binet, entonces religioso de dicha Orden y ahora General de la misma. Fray Binet hacía de intérprete traduciendo a la testigo, como a los que estaban con ella, las palabras que Francisco les dirigía, es decir, que ante todo era necesario temer a Dios y mantenerse en la observancia de los mandamientos. Asegura que le parecía ver en él, según declaró más arriba, a un hombre devoto, totalmente dado a la contemplación y a la soledad.

Acerca de los milagros declara que no sabe qué decir, pero añade que hace unos tres años dos hijos varones de uno de sus hijos se vieron afectados por cierta dolencia maligna que afectaba a la laringe, de modo que apenas podían respirar. Y como vio que se trataba de una afección que había causado ya la muerte de algunos pacientes, temiendo correr por tal razón un riesgo semejante, la testigo en cuestión encomendó a sus nietos a Dios y a las oraciones del difunto fray Francisco, e inmediatamente empezaron a convalecer.

Declara asimismo que el honorable Dr. D. Juan Lopin, licenciado en leyes, hijo de la propia testigo, al cabo de unos tres años le asaltó una enfermedad o inflamación en el cuello y en una de sus mejillas, que le hizo sufrir durante unos quince meses. Ante esto la testigo encomendó a Dios al Dr. Lopin por intercesión de los santos Cosme y Damián, como la del Hermano difunto, prometiendo ofrecer al Señor y a los santos mencionados en la iglesia de San Cosme una vela de cera, de una determinada longitud y grosor, y además entregar un exvoto que reprodujera la imagen del licenciado Lopin al convento de los frailes Mínimos, así como llevar allí a su hijo si curaba de su enfermedad.

Cumplida la promesa formulada por la declarante, el Doctor recuperó la salud. Por lo cual, una vez que se hubo recuperado Lopin, la testigo hizo llevar a la iglesia de los santos Cosme y Damián una candela de cera del tamaño y peso del Dr. Juan, tal como había prometido. Asimismo hizo llevar al referido convento de los Mínimos el exvoto de cera del busto del propio Lopin, es decir de la cabeza hasta los brazos, para ofrecerlo a Dios, según lo establecido allí por ella misma.

Y esto es cuanto declara, excluidos cualesquiera otros móviles ilícitos.

23

### **Petronila de Claveau**

La honesta señora Petronila, esposa de Juan Claveau, mercader de Tours, vive en la parroquia de San Saturnino, y tiene unos treinta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, estando presente el tantas veces mencionado notario Tillier, pero con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y a continuación ha sido examinada en Tours, el día 27 de julio del año antes anotado.

Al ser interrogada acerca de la vida y fama de Francisco de Paula, declara haber oído decir en general que el hermano Francisco mientras vivió fue un varón tímido y solitario, y que llevaba una vida muy austera. Sin embargo confiesa que nunca lo vio, ni por lo mismo sabría declarar nada de su vida y fama. Ello no obstante, acerca de sus milagros declara que poco después de la muerte del Hermano difunto, a la testigo le sobrevino de pronto cierto dolor de estómago o inflamación que el Dr. Esteban Rabblatle llamaba “reuma frío”, y del que le dijo que según sus conocimientos médicos nunca se curaría. Viéndose la testigo en esta situación recabó la orientación y consejo de un médico, Juan Mallaise, cirujano de la serenísima Señora nuestra, la Reina de Francia, quien le aplicó cierto emplastro y en pocos días la enfermedad desapareció. Sin embargo, al cabo de un mes, más o menos, reapareció aquella anomalía en el mismo lugar. Viéndoselo la testigo se aplicó por su cuenta aquel emplastro a la zona afectada, como la primera vez, pero en esta ocasión confiando más que nada en el Señor y en la intercesión del hermano Francisco. Y desde aquella hora comenzó a sentirse mejor, y a las pocas semanas quedó completamente curada. Está plenamente convencida de que alcanzó esta gracia de Dios por mediación del difunto Francisco de Paula.

Y esto es cuanto declara, al margen de cualesquiera otros móviles ilícitos.

24

### **Juana Beannalet**

La honorable señora Juana Beannalet es viuda de un tal D. Esteban Binet, que en vida fue lugarteniente del Barón de Turonia, junto a la Sede real de Tours, vive en la parroquia de San Pedro de las Puellas, de la misma ciudad de Tours, y tiene unos cincuenta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, estando presente

el mencionado notario, Dr. Jacobo Tillier, y con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día 28 del mes de julio del año susodicho.

Interrogada sobre la fama y vida del difunto fray Francisco de Paula, General de la Orden de los Mínimos, declara que lo vio y lo conoció desde el tiempo en que fray Francisco Binet, hoy General de dicha Orden, se hizo religioso mínimo. Desde entonces lo vio muchas veces en su convento, cerca de Plessis du Parc y habló con él. Y según cree la testigo, llevaba entonces una vida muy austera y solitaria, y era tenido como varón bueno, timorato y de vida santa.

Con relación a los milagros, la testigo ignora que Dios hiciera prodigios por su intercesión; no obstante lo cierto es que el Sábado Santo, o sea el día siguiente a la muerte del hermano Francisco, según cree ella, del año 1506, al volver de Amboise y estando cerca de un lugar conocido vulgarmente como Lussault, distante de esta ciudad de Tours unas seis leguas, el caballo que montaba tropezó y cayó a tierra, lo cual hizo que ella se golpeará el pecho contra una gran piedra, causándole un fuerte dolor. Tanto fue así que luego no pudo montarse de nuevo, sino que se vio obligada a regresar a Tours en busca de agua. Llegada a la ciudad el dolor no la dejó hasta el lunes de Pascua. Dicho día se hizo acompañar a la casa de una mujer, comúnmente conocida por “La Buena”, que vivía cerca del priorato conventual de San Juan de Gressio, de la Orden de San Agustín, distante de la ciudad de Tours unas tres leguas. Allí dicha señora que, con el auxilio del Señor, solía curar las fracturas de mucha gente, examinó el pecho y estómago de la testigo, y trató de curarla como mejor supo; y luego se volvió a su casa de Tours.

Al jueves siguiente -según cree la testigo- fue avisada por algunos de sus hijos de que aquel día el difunto fray Francisco de Paula tenía que ser colocado en su sepulcro, por lo que su marido -ahora ya difunto- y sus hijos, puesto que aún sufría un intenso dolor en el pecho y abdomen, la animaban mucho, y así con ayuda de dos hombres la montaron en su mula y se encaminó hacia el convento del Hermano difunto con el fin de obtener la gracia; pero cuando llegaron su cuerpo ya estaba cerrado en el sepulcro. Asegura asimismo que a instancias y ruegos de la testigo los frailes del convento abrieron la tumba y, siguiendo ella con el dolor de estómago, la bajaron allí donde vio descubierto al difunto, aún tibio y sonrosado y tan blando como era en vida. Precisa que entonces, con el fin de conseguir su curación, se encomendó a Dios y a las oraciones del hermano Francisco, por si de algo valían ante la presencia del Señor. Terminada su plegaria salió del recinto en que estaba el sepulcro, y ella sola -aunque antes ni con el concurso de dos hombres apenas había podido montarse en su mula-, ahora desde un montículo montó fácilmente en ella y desde entonces sintió que había recobrado su salud, y no sufrió más ningún dolor en el estómago. Y cree que esto lo obtuvo del Señor gracias a la intercesión del Hermano difunto.

Declara también que el hermano Francisco mandó a la testigo, por medio de algunos frailes de su Orden, algunas velas de cera, que -según decían- él había bendecido. Y recuerda que pasada la última fiesta de la Natividad del Señor, una de sus vecinas, llamada Renata Hoberelle, que en sus partos anteriores había sufrido mucho, pidió a la testigo que la visitara en su parto, pues sabía con seguridad que tenía en su casa alguna de aquellas velas. Le pidió, pues, que mandara a buscarlas y así lo hizo la testigo. Encendió primero un trozo pequeño de aquellas velas que el hermano Francisco había bendecido; consumido aquel, hizo encender la otra. Y poco después la parturienta dio a luz, cosa que la testigo presencié bastantes veces en casos semejantes apenas se encendían las velas del Hermano difunto.

Y esto es cuanto declara.

25

### Guillermo Binet

La honorable señora Guillermo Binet, viuda de un tal Miguel Pele, mercader mientras vivió; ella vive en Tours, y tiene unos cincuenta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los subdelegados o comisarios referidos, y el tantas veces mencionado notario, pero con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabron, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento, siendo examinada en Tours, el día 28 del mes y año susodichos.

Al ser interrogada, declara haber conocido al hermano Francisco de Paula hace unos 16 años aproximadamente, y que tuvo oportunidad de hablar con él, en cuya conversación (*la*) exhortaba a la observancia de los diez mandamientos. Añade que oyó decir habitualmente que era hombre de conducta intachable y de gran santidad.

Sobre los milagros asegura que tuvo muchas veces, a través de fray Francisco Binet, religioso de dicha Orden, velas de cera bendecidas por el difunto de Paula (tal como decía el mismo fray Francisco Binet); candelas que

encendidas en el momento en que las mujeres se ponían de parto, inmediatamente quedaban liberadas. Posteriormente la misma testigo, asistiendo al parto de Juana, esposa de Juan Beraudeau, la mayor de sus hijas y de Adenete, también hija suya y ahora esposa de Víctor Leber, así como también de otras mujeres, hizo prender algunas de aquellas velas, y antes de que éstas se consumieran del todo, las mujeres daban a luz y se sentían liberadas.

También asegura que hace unos dos años la misma testigo tuvo una gran depresión, y, sintiéndose por ello muy desconcertada, acudió a su hermano, el mencionado fray Francisco Binet, entonces General de la Orden, en el convento de los Mínimos, cerca de Tours, pidiéndole con insistencia algún consuelo para su abatimiento. Fray Francisco Binet le propuso que se encomendara humilde y devotamente a la intercesión del difunto fray Francisco de Paula, y, por la misericordia de Dios, se vería liberada de aquella congoja. La testigo se encomendó lo mejor que pudo a la plegaria de dicho difunto, y antes del fin del mes siguiente obtuvo del Señor lo que había pedido. Preguntada por la causa de semejante malestar, responde que no sabe decirlo, pero asegura que era enorme.

Declara asimismo que fray Francisco Binet dio a su madre –madre también de la testigo- un pan bendecido, según decía, por el Hermano difunto, y la madre lo guardó hasta su muerte. Una vez fallecida –y de ello hace ya ocho años-, la testigo pidió a los demás herederos que le dieran aquel pan y lo obtuvo, guardándolo hasta hoy, de modo que lo ha mostrado ante nosotros; luego lo hemos visto y tocado; es de tal cantidad como la de un pan de dos denarios de francos, que se compra en la región turonense. No está nada encanecido; al contrario, lo hallamos tan íntegro como si estuviera cocido de dos días. Nos asegura la testigo que desde la muerte de su madre aquel pan lo había guardado siempre bajo llave y que a nadie había encomendado jamás su custodia.

Y esto es canto declara.

26

### Catalina de Loyon

La honorable mujer Catalina, esposa de Guillermo de Loyon, intendente de los albergues de nuestra Señora, la Reina de Francia -en francés *fourrier de la Reine*-, vive en Tours, en la parroquia de San Pedro de Bellau, y tiene unos cuarentaisiete años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Cruchet, subdelegado ya mencionado, y el referido notario, estando ausente nuestro colega, el Dr. Pedro Chabron, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y después ha sido examinada en Tours, el día, mes y año arriba indicados.

Al preguntársele sobre la vida y fama del difunto fray Francisco de Paula, General, mientras vivió, de la Orden de los Mínimos, declara que lo conoció desde el primer momento en que llegó a estas tierras de Francia, ya que su hermano, un tal Guillermo de Chassy, acompañó al Hermano difunto desde la región de Calabria hasta Francia, según le contó su mismo hermano, a quien veía ir y venir. A partir de entonces lo vio bastantes veces y tuvo ocasión de conversar con el hermano Francisco y de escucharle palabras consoladoras, así como exhortaciones para que cumpliera los mandamientos de Dios. Tenía fama de ser un hombre de vida austera y santa.

En cuanto a los milagros, asegura haber recibido de dicho difunto varias velas por él bendecidas, y apenas presentía los síntomas de sus partos las mandaba encender, y pasados aquellos momentos se encontraba perfectamente.

Afirma de igual modo que hace nueve años o más, ella dio a luz a su hija Juana y que a los tres o cuatro años contrajo una grave enfermedad en su ojo izquierdo, causándole una inflamación por la que su cara quedaba deformada. Con el fin de curarla fue visitada por médicos y cirujanos y otras personas competentes, que consiguieron que remitiera o desapareciera la hinchazón del ojo, pero quedó privado de visión. Así estuvo Juana por espacio de unos siete meses, tiempo en que por ningún medio pudo recobrar la más mínima claridad. Al producirse en ese mismo año la muerte de dicho difunto, en la Semana Santa, la testigo supo que iba a efectuarse el sepelio del hermano Francisco en la semana de Pascua; así que por eso y por la devoción que sentía hacia el convento de los Mínimos, que estaba cerca de la ciudad de Tours, acudió allí en el momento en que inhumaban al Hermano difunto, y escuchó al fraile que predicaba quien dijo que el mismo difunto había nacido con un ojo solo y que milagrosamente había recuperado el otro. Entonces ella, puesto que su hija –como se ha dicho antes- no podía ver con uno de sus ojos, confiando en el auxilio de Dios y en la mediación de Francisco, lo encomendó al Señor y a las oraciones del difunto, suplicando que si era del agrado del cielo y de algo aprovechaban sus oraciones, se dignara obtener del Señor la curación de su hija Juana. Vuelta a su casa, mandó hacer un exvoto de cera que reprodujera la forma del ojo de su hija, y ordenó que lo llevaran al convento junto con su hija. Y como quiera que unos días después se trasladaba el cuerpo de Francisco a otro sarcófago de piedra, pidió y obtuvo que el ojo de Juana tocara el cuerpo del mismo difunto. De modo que lo tocó y al cabo de unos tres o cuatro

días Juana empezó a ver con el ojo izquierdo, desapareciendo su dolencia, de manera que nunca jamás volvió a padecer falta de visión, tal como nosotros –estando aquí Juana- hemos podido ver y constatar.

Y esto es cuanto declara, excluidos cualquier tipo de interés u otras cosas ilícitas.

27

### **D. Maturino Chabrimon**

El venerable y discreto señor Dr. Maturino Chabrimon, licenciado en leyes, abogado de la Curia eclesiástica de Tours y secretario del Reverendísimo Señor Arzobispo de Tours, vive en la parroquia de San Pedro de Bellau, de esta ciudad, y tiene unos 31 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, subdelegado o comisario, en presencia del tantas veces referido notario, con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrimon, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año susodichos.

Al preguntársele por la vida y fama del difunto fray Francisco de Paula, declara que lo conoció hace unos diecisiete años, y desde entonces lo vio y trató bastantes veces, y conversó con él, comprobando que era un hombre recto, de mucha oración y caridad, y de una vida de extremada austeridad, tal como él mismo pudo constatar al tratarlo con tanta frecuencia. Tanta era la fama de que gozaba que por lo que ha podido saber el testigo a lo largo de su vida, no ha habido mortal que llevara vida tan austera.

Interrogado luego acerca de los milagros, declara que no pocas veces, mientras vivía el Hermano difunto y después de su muerte, él se vio asaltado por la fiebre así como por otras enfermedades o adversidades, y gracias a las oraciones y consuelos de Francisco mientras vivía, fue curado –tal como él cree- de sus dolencias y consolado en sus tribulaciones terrenas, pudiendo salir adelante.

Asegura asimismo que el difunto D. Pedro Dubán, afincado en Tours, contrajo matrimonio en segundas nupcias con Guillerma Haulsepieu, esposa primero del difunto Mateo Amys. Con éste vivió por espacio de trece años, sin tener hijos, y con el susodicho Dubán convivió algún tiempo, también sin hijos. Consciente de ello, el mencionado difunto D. Pedro Dubán, junto con el ahora también difunto Dr. Mateo Vaillandi, canónigo turonense y secretario del santísimo Señor nuestro Papa Julio II, elevado entonces a la dignidad cardenalicia, la referida Guillerma, su mujer, y estando también presente el testigo y otras muchas personalidades, se dirigió al convento de los frailes Mínimos de Tours en el que entonces vivía el difunto fray Francisco y le pidió benigna y humildemente por medio del referido Vaillandi que rogara a Dios para que a él y a su mujer les concediera la prole deseada. El Hermano difunto les respondió que debían desear los hijos sólo para dar gloria a Dios, cosa que –según ellos aseguraban- así querían que fuera. Entonces Francisco de Paula les exhortó a que rogaran devotamente al Señor porque si así convenía a la salud de sus almas, podrían alcanzar el don de la descendencia. Con el tiempo la esposa de Dubán quedó embarazada y posteriormente dio a luz un hijo a quien vio el testigo. En varias ocasiones oyó decir a Guillerma que estaba segura de haber tenido a su hijo gracias a los méritos y preces de dicho difunto, pues sin su intercesión nunca habría tenido un hijo.

Afirma también lo que en esta región de Tours está en boca de todos, o sea que se han verificado muchos milagros gracias a la intercesión del Hermano difunto, y de hecho por esta razón se ofrecen exvotos que quedan depositados junto a su tumba.

Finalmente el testigo declara que el difunto fray Francisco de Paula a lo largo de su vida le predijo muchas cosas que después se realizaron, entre otras, el hecho de que él se casaría, cuando ni en aquel momento ni antes tuvo jamás disposición alguna ni voluntad de unirse en matrimonio. Y realmente se casó. Y esto es cuanto declara.

28

### **Juana Bernier**

La honorable señora Juana Bernier, esposa del honorable Dr. D. Juan de Billon, jefe de los magistrados de La Rochelle, vive en Tours y tiene unos 36 años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, uno de los subdelegados o comisarios susodichos, estando presente el tantas veces referido notario, y con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el 29 de julio del año susodicho.

Sobre la vida y fama del difunto fray Francisco de Paula, declara que lo vio y oyó hablar de él hace más de veinticinco años. Desde entonces siempre oyó hablar bien de él, pues era considerado un religioso de vida muy austera y santa. Y en cuanto a los milagros, declara que con harta frecuencia, tanto hombres como mujeres que se hallaban afligidos por diferentes adversidades, se encomendaron a Dios y a la mediación del Hermano difunto y se sentían socorridos.

De modo semejante también la misma testigo, sintiéndose afectada en alguna ocasión por el tedio, se encomendó al Señor y a la intercesión del Hermano difunto, y pronto se vio libre de aquel estado de decaimiento. Y sobre todo asegura que desde que murió Francisco -de lo que ya hace unos cinco años- cogió un catarro tan fuerte que para recuperarse se aplicó un sinfín de medicamentos, pero tal como dice, no sirvieron para nada. Por eso se encomendó al Señor y a la intercesión de dicho difunto, y poco tiempo después recuperó la salud. Ella está plenamente convencida que esto lo obtuvo del Señor por mediación del hermano Francisco y no por otro medio.

Declara asimismo que un año, cerca de la fiesta de la natividad de san Juan Bautista, la testigo se encontraba en la villa de La Rochelle, de la diócesis de Saintes, en casa de una pariente suya, llamada Guillermina Picozie. Ésta padecía entonces una grave enfermedad, llamada epilepsia, que le duró tres semanas, y especialmente durante dos días sufrió sobremanera, dando la impresión en muchos momentos de haber perdido la cabeza, y durante dos horas ni hablar podía. Viendo la testigo que ninguno de los medicamentos que aplicaban a Guillermina surtían efecto, dijo a la madre de ésta que pusiera toda su confianza en Dios y se encomendara a la intercesión de dicho difunto, que, según le decía, estaba enterrado en el convento de los Mínimos de Plessis du Parc, cerca de Tours, y que si así lo hacía, confiando en el Señor y la mediación del mismo difunto, Guillermina recuperaría la salud. Asegura que la madre, al verse tan afligida como se ha dicho, junto con su hija se encomendó a Dios y a la intercesión del Hermano difunto, y al cabo de tres horas, de repente quedó curada.

Y esto es cuanto declara, excluidos todo tipo de favor u otras cosas ilícitas.

29

### Martina Fichepain

La honesta señora Martina Fichepain, esposa de Graciano Boucault, mercader y orfebre de Tours, vive en la parroquia de San Pedro de Bellau y tiene unos 33 años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrien, subdelegado o comisario, estando presente el referido notario y con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego tras prestar juramento, ha sido examinada en Tours, el día 4 de agosto del año 1513.

Al ser interrogada sobre la vida y fama del difunto fray Francisco de Paula -que, mientras vivió, fue General de la Orden de los Mínimos-, declara que lo conoció de verle y oírle hace unos dieciocho años, o sea, que lo vio y habló con él, en aquella época, cuando estaba en el convento de Amboise. También lo vio bastantes veces en el convento de los frailes Mínimos que está cerca de esta ciudad de Tours, ya que ella iba allí con la intención de ganar las indulgencias concedidas a dicha Orden en favor de los fieles cristianos que estuvieran verdaderamente arrepentidos de sus pecados. Y habitualmente oyó decir que era tenido por varón de vida austera y santa. De hecho siempre que ella habló con él siempre la exhortó a que fuera caritativa y a que sirviera a Dios.

Sobre su vida, y (*particularmente*) en cuanto a su comida y bebida, no sabría qué decir, puesto que nunca le vio comer ni beber. Y en cuanto a los milagros, asegura que poco antes de los 18 años ahora mencionados, y por espacio de cuatro años, ella misma padeció una enfermedad, llamada vulgarmente *fístula*, que le afectaba a uno de sus costados, y que ningún médico ni cirujano se la había podido curar; más aún, le habían dicho que casi nunca o nunca se podía curar semejante enfermedad.

Hallándose pues un día (*la testigo*) en la ciudad de Tours, en casa del difunto Pedro Lescart, alias “Monjoye” y marido de su madre, llegaron allí dos frailes del convento de los Mínimos, de Plessis du Parc, en donde residía el hermano Francisco, uno de los cuales se llamaba fray Jacobo. Su intención era visitar a dicho Pedro Lescart, marido de la madre de la testigo, que también estaba enfermo y así ofrecerle su consuelo, como de hecho así hicieron.

Luego al ver a la testigo, que también estaba aquejada de la enfermedad antes indicada, preguntaron al mismo Lescart y a una tía de la testigo que estaba allí presente que de qué enfermedad padecía. Lescart y la tía respondió que se trataba de una fístula que le afectaba a uno de sus costados desde hacía unos cuatro años, y que no se había hallado remedio alguno para curarlo. Entonces uno de los frailes sugirió que sería bueno tener el parecer del hermano Francisco de Paula que en aquel momento estaba en el convento de los Mínimos de Plessis du Parc.

Entonces el mencionado Lescart con la tía de la testigo, así como la madre de la misma, que también estaba enferma en una habitación inferior de dicha casa conversaban diciendo lo mismo acerca de lo de la testigo; por ello solicitaron y pidieron (*a los frailes*) que encomendaran a la testigo a las oraciones del hermano Francisco para que sanara de su enfermedad.

A los pocos días la tía recibió un aviso del Hermano difunto para que acudiera donde él, y -conforme refirió a la testigo- así hizo. Vuelta a casa, la tía comunicó a la testigo lo que el hermano Francisco dijo de ella y de su enfermedad y que dijera (*a la testigo*) que debía obedecer fielmente a Dios, así como cumplir sus mandamientos, y que de este modo se libraría de su enfermedad.

Al cabo de unos ocho días, el susodicho fray Jacobo y otro religioso de la misma Orden fueron a casa de Lescart y de la madre de la testigo, y –tal como decían- les comunicaron de parte de Francisco que llevaran a la testigo ante él. Por esta razón la tía la acompañó hasta el convento del Hermano difunto y en la conversación –tal como dijo fray Jacobo que estaba presente- Francisco le dijo que aquella enfermedad le había sobrevenido a la sobrina por no haber obedecido como debía a su padre y a su madre y por no haberles profesado el honor y la obediencia debidos; pero a pesar de ello que pusiera en Dios su confianza, que se curaría.

Luego ordenó que se prescindiera de todos y cada uno de los medicamentos y que en su lugar se le aplicara un paño de cáñamo o de lino rociado con miel o mojado o empapado en aceite rosado, y que con el auxilio del Dios altísimo obtendría la curación, cosa que así fue una vez que la testigo cumplió lo mandado. Así que empezó a sentirse mejor y al cabo de pocos días recuperó totalmente la salud. Está segura que se curó, no con la ayuda de los médicos o de los medicamentos, sino por las oraciones del Hermano difunto.

Finalmente declara que en lo sucesivo, al encontrarse en sus alumbramientos y otras necesidades, se encomendó a Dios por la mediación del hermano Francisco y siempre se sintió bien.

Y esto es todo lo que declara.

30

### Juan Lescart

El honorable Sr. Juan Lescart, alias “Monjoye”, mercader de Tours, vive en la parroquia de San Pedro de Bellau y tiene unos 29 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien, uno de los subdelegados o comisarios, estando presente el tantas veces mencionado notario, y con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento, siendo examinado en Tours, el día 4 del mes de agosto del año susodicho.

Declara que vio y conoció al hermano Francisco de Paula hace unos catorce o quince años y que aquél le echó en cara lo mal que se portaba con Dios y con sus padres; que luego mantuvo algún trato con el testigo y que le exhortaba al bien, o sea a servir a Dios y a honrar a los padres, así como a rezar por ellos y también por los difuntos, conforme le hizo saber por medio de un intérprete, y no sabe decir otro particular fuera de lo que comúnmente oía, que era un hombre que llevaba una vida muy austera y religiosa.

En cuanto a los milagros, declara que poco antes de que viera por primera vez a Francisco, el testigo fue víctima de una grave inflamación en la parte inferior de la mejilla derecha, cerca de la garganta, por lo que se encontraba muy afligido pues no sabían qué enfermedad era aquella. Algunos médicos decían que era una escrófula o un bocio; otros en cambio, decían que no era eso. Lo cierto es que por aquellos días Carlos VIII, rey de Francia, de feliz memoria, se había dirigido a la iglesia de San Martín de Tours, donde estaban los que padecían de escrófula o bocio. Con el fin de curarse, también el testigo acudió a la iglesia de San Martín y entró con todos los demás enfermos a la sacristía, pues creía que era una escrófula. Allí el mencionado rey Carlos tocó y palpó aquella enfermedad como hizo a los demás enfermos, que quedaron curados.

Sin embargo el testigo no se curó, con lo que al enterarse una tía suya, conocida como la Marzonne, ésta dijo que sería bueno que el paciente se encomendara a Dios y a las oraciones del hermano Francisco de Paula y que lo llevaran donde él, añadiendo que haciendo esto estaba segura que recuperaría sin falta la salud, como fue el caso de Martina Fichepain, su hermana, testigo examinada anteriormente, que fue curada de una fístula que había padecido en un costado.

Por ello Juan fue llevado al convento del Hermano difunto, situado junto a Plessis du Parc, quien, como se ha dicho más arriba, conversó con el testigo, ordenándole que ayunara durante un año cada viernes o sábado, y que durante nueve días consecutivos comiera en ayunas tres manojitos de unas hierbas que entonces le indicó, de cuyos

nombres como de los días no se acuerda, pues era muy joven todavía. Asimismo le encargó Francisco que, con los brazos en cruz e hincado de rodillas, dijera en determinados días (que tampoco recuerda), en honor de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, la oración de la salutación angélica, es decir, el Avemaría. Y habiendo hecho todo esto (según cree él firmemente), antes de cumplirse el mes experimentó la mejoría de aquella enfermedad aún no conocida por los médicos y cirujanos, de modo que el mal empezó a remitir hasta que fue completamente curado.

Y esto es lo que declara, excluido todo tipo de favor u otras cosas ilícitas.

31

### **Pascual Boyleau**

El honesto Sr. Pascual Boyleau es fontanero de nuestro Señor, el Rey de Francia, o supervisor de las fuentes que hay en Plessis du Parc, cerca de Tours, que es donde él vive, y tiene unos 60 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, el subdelegado, estando presente el tantas veces mencionado notario, y en ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrien; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el viernes 5 de agosto del año susodicho.

Declara en primer lugar que conoció al difunto fray Francisco de Paula -General de la Orden de los Mínimos-, hace unos quince años o más, y que habló con él con motivo del traslado de una fuente; que pudo ver en él a un hombre bueno, devoto y humilde, y que era tenido por todos los que le conocían como varón de vida intachable.

En cuanto a los milagros, asegura que hace unos seis años cayó enfermo y que durante unos tres o cuatro años padeció cierto dolor de estómago que nadie se lo pudo curar. Viéndose así el testigo e inducido por su mujer se encomendó al Señor y a la mediación del Hermano difunto, prometiendo que si recuperaba la salud depositaría sobre su sepulcro un exvoto de cera con la forma de un estómago. Poco después, pasados unos días, con la ayuda de Dios y -según él cree- con la intercesión de Francisco, recuperó la salud. Por esta razón, dando gracias a Dios, llevó el exvoto de cera al sepulcro del Hermano difunto, y en adelante se sintió siempre bien hasta el día de hoy.

32

### **Pedro Courvoisier**

El honesto Sr. Pedro Courvoisier ejerce como barbero en la parroquia de San Pedro de las Puellas, en Tours, y tiene unos 30 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, el subdelegado mencionado, en presencia del tantas veces mencionado notario, y en ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrien, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año susodichos.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula, que mientras vivía era General de la Orden de los Mínimos. Inicialmente lo vio en su convento, cerca de Plessis du Parc, hace unos siete años y luego varias veces desde que empezó a ir allí y todavía sigue yendo cada semana a cortar la barba y hacer la tonsura a los frailes de dicho convento. El Hermano difunto habló alguna vez con el testigo y le exhortó a servir devotamente al Señor y a prestar leal sumisión a su maestro.

En cuanto a su vida, asegura que desde que empezó a frecuentar dicho convento y tal como supo por los frailes, Francisco llevaba una vida tan austera que nunca conoció mortal alguno que gozara de tanta reputación por su modo de vivir. Interrogado acerca de los milagros, declara que hace dos años y medio Roberto, un hijo suyo, entonces de dos años y medio de edad, padecía una grave dolencia y se desesperaba ya de su curación; no obstante él lo dejó en su casa y se fue al convento a ejercer su oficio de barbero de los frailes, con el convencimiento de que a su vuelta no hallaría ya vivo a su niño. Por ello el testigo se mostraba triste y profundamente dolido, ya que estuvo allí desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde cortando la barba y cabellos de los frailes.

Uno de ellos al verlo tan apesadumbrado, le preguntó la causa de su tristeza. Entonces el testigo le informó sobre la enfermedad de su hijo, por lo que el fraile le exhortó a que encomendara a su niño al Señor y a las oraciones del Hermano difunto. El que declara, embargado por la tristeza, suplicó a fray Ivonne, cuyo apellido ignora, que elevara sus preces y votos por la salud de su hijo al Señor y al hermano Francisco, lo que así hizo fray Ivonne, y de modo semejante el testigo repitió las mismas oraciones. Entonces el fraile le dijo que si el pequeño se curaba que llevara como obsequio su sudario, junto con un exvoto de cera de la misma longitud que el niño y los colocara en la tumba del Hermano difunto.

El mismo día por la tarde el testigo volvió a su casa y encontró a su hijo que estaba mejor, y a los pocos días quedó curado completamente. Por lo cual el que esto declara, dando gracias a Dios, mandó que llevaran al sepulcro de Francisco el sudario de su hijo junto con la cantidad de cera correspondiente al tamaño del niño, y al mismo niño, (en gratitud y recuerdo de su curación).

Y esto es cuanto declara, excluido todo tipo de favor y cualesquiera otros móviles ilícitos.

33

### Catalina Rusée

La honorable Sra. Catalina Rusée, viuda de D. Guillermo de Beaune, de feliz memoria, vive en la parroquia de San Pedro de Bellau, de Tours, y tiene unos 54 años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros los subdelegados y el mencionado notario, luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día, mes y año susodichos.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula hace unos diecisiete años, que lo vio y que a través de un intérprete –ya que no le entendía en su lengua- le oyó hablar. Por el intérprete entendió lo que le decía, (*o sea*) que observara los mandamientos de la ley de Dios. En general se decía que era un hombre bueno y de santa vida.

Respecto de los milagros declara que hacía unos siete años que la que declara se sentía muy decaída por algo que prefirió no decir. Por tal motivo un día la testigo decidió ir al convento de los frailes Mínimos de Plessis du Parc para rogar al Hermano difunto que se dignara suplicar al Señor que, si convenía para su salud (*espiritual*), la librara de aquel decaimiento. Estuvo conversando con él y en medio de la conversación, viendo ella que la miraba compasivo, empezó a sentir un gran alivio. Entonces, por medio del intérprete, la testigo pudo entender que si confiaba enteramente en el Señor, quedaría libre de aquel estado de desazón que la atormentaba; lo que luego así fue. Ella está segura que esto lo obtuvo de Dios por intercesión de dicho difunto.

34

### Juan Thonart

El honesto Sr. Juan Thonart, criado o encargado de cámara de Luis XI, rey de Francia, vive en Tours, en la parroquia de Santa María La Riche, y tiene 52 o 53 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los subdelegados ya mencionados, estando presente el antedicho notario, y con la ausencia de nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrion, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el lunes, 8 del mes de agosto del año antes indicado. Ante todo declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula hace como treinta años o más, y particularmente desde que dicho difunto llegó a estas tierras de Francia. El hecho es porque el testigo estaba en aquel entonces al servicio o dependencia del ilustrísimo príncipe, Luis XI, rey de Francia, en cuyo tiempo se decía que Francisco llevaba una vida santa, y por esta razón el mismo rey Luis le había hecho trasladarse de Italia a Francia.

Precisamente por aquella época el testigo estuvo presente muchas y reiteradas veces cuando el difunto monarca, queriendo indagar sobre la vida y talante del difunto hermano Francisco, ordenó al ahora ya difunto Pedro Briçonnet, un general francés, y a otros personajes (que no puede nombrar) para que en secreto visitaran el lugar en que se hallaba el Hermano difunto y averiguaran diligentemente sus obras y modo de vivir.

Briçonnet y los otros enviados informaban al monarca que a veces habían encontrado a Francisco de rodillas, en oración, con los ojos fijos en el cielo y con las manos juntas, en tanto que otras le habían visto de pie, elevando los ojos a lo alto y a veces sentado, sumido en la oración y contemplación. Oída esta relación, el mismo rey Luis, con las manos juntas y con la misma actitud del hermano Francisco, se ponía a alabar a Dios.

También pudo ver el testigo cómo exhortaba Francisco a Doña Juana, hija del difunto Rey y a su comitiva y a las mujeres que allí estaban, junto con otros circunstantes, a llevar una vida buena y recta, y a observar los diez mandamientos. De igual modo tuvo ocasión de oír y recoger de su boca palabras saludables para la vida. Interrogado sobre los milagros declara que había oído a algunas personas, cuyos nombres no recuerda, que gracias a las oraciones de Francisco habían tenido lugar hechos prodigiosos, pero que no puede especificar o dar más detalles.

Y esto es lo que declara, excluido todo tipo de favor u otras cosas ilícitas.

35

### Juan Galle

El honorable Sr. Juan Galle, decorador de Tours, vive en la parroquia de San Saturnino y tiene unos 50 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los comisarios o subdelegados, estando presente el ya referido notario, pero con la ausencia de nuestro colega, el reverendo (*Dr. Pedro Chabrimon*), que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año antedichos.

Declara que en tiempos del muy ilustre difunto, el príncipe de Francia y rey Luis XI, o sea, hace treinta años o más, el difunto fray Francisco de Paula se trasladó a estas tierras de Francia, y que el primer día en que apareció ante el ilustrísimo rey Luis XI, el testigo se encontraba en la cámara real y vio que cuando entraba allí, el Rey se hincó de rodillas ante Francisco, y como pudo observar, le pidió la bendición. Por entonces se decía que dicho difunto era un varón de vida santa y austera.

Posteriormente el testigo lo vio en el convento de los frailes Mínimos de Plessis du Parc, en Tours, y entre otras cosas tuvo ocasión de verle ejercer un acto de humildad. En efecto, el Hermano difunto entró en una habitación de dicho convento donde se hallaban tres o cuatro de sus religiosos con el testigo y algunos más, y al entrar vio allí a un hombre que estaba de pie; él mismo le trajo una silla para que se sentara, a pesar de que estaban allí algunos de los religiosos, a quienes bien hubiera podido mandar que se la trajeran ellos. Preguntado sobre los milagros, afirma que no sabe nada, salvo lo que la gente dice: que ningún mortal pudo llevar jamás una vida tan austera como la de dicho difunto.

Y esto es cuanto declara, excluido todo tipo de favor o cualesquiera otras cosas ilícitas.

36

### Fray Martín de la Haye

El religioso fray Martín de la Haye, es francés y de la diócesis de Poitiers; es asimismo religioso laico, profeso de la Orden de los frailes Mínimos y vive en el convento de los mismos frailes, junto a Plessis du Parc, cerca de Tours; tiene 60 años y más. El testigo ha sido recibido por nosotros, los subdelegados o comisarios susodichos, estando presente el referido notario, luego ha prestado juramento y ha sido examinado en el convento de Jesús-María, de dicha Orden, cerca de Plessis du Parc, el sábado, día 13, del mes y año referidos.

Declara en primer lugar que conoció al difunto fray Francisco de Paula, fundador de dicha Orden, hace unos veintisiete o veintiocho años, tiempo en que recibió de sus manos el hábito de dicha Orden de los Mínimos, junto a Plessis du Parc, emitiendo después la profesión.

Por aquel entonces y por mandato de Francisco (*fray Martín*) viajó a tierras de Italia y España, donde vivió siempre, salvo los intervalos de tiempo en que se detuviera en el convento de los frailes Mínimos, cerca de Tours y de Amboise, cuando estuvo con el Hermano difunto por espacio de siete u ocho años, pudiendo así conocer su vida y sus costumbres. Dicho difunto ponía suma diligencia en las exhortaciones a los frailes, y llevaba una vida santa, devota y saludable; era sobrio en la comida y parco en la bebida, es decir que como alimento tomaba un poco de pan y vino, así como algunas hierbas con un poco de aceite, y a veces legumbres como guisantes y habas, preparadas no por otros sino por sí mismo. Y, según se decía habitualmente, comía una sola vez al día, hacia el atardecer.

Como Francisco permanecía recluido casi siempre en su celdilla, el testigo no puede ser más explícito en describirnos su vida. No obstante sabe que muchas veces cuando los frailes de aquel convento le suministraban el pan y el vino, después muchas veces los encontraban intactos, es decir, todo menos aquel poquito de pan y vino que alguno de ellos le diera (*directamente*). Asimismo pudo apreciar la gran paciencia de Francisco cuando alguno de los frailes le contaba algo desagradable de otros conventos de su Orden. Ciertamente se le veía algo contrariado, no obstante resolvía el asunto caritativamente, exhortando a los frailes a observar la Regla y la religión, y así desgranaba su vida de bien en mejor y de virtud en virtud. Dormía sobre un lecho hecho de sarmientos y usaba el cilicio. Ciertos días salía de la celda y oía devota y humildemente la misa en la iglesia del convento. Otros días no salía de ella sino que permanecía allí recogido. Asimismo cuando padecía alguna dolencia sólo tomaba pescado y nada más.

Preguntado acerca de los milagros, asegura que oyó decir a un tal Juan Bastayno, afincado en Marsella, que era patrón o piloto de una embarcación llamada vulgarmente “La Magdalena”, que Francisco le había dado una vela bendecida por él. El naviero, hallándose en grave peligro por la tempestad que se había levantado en el mar de Sicilia, cuando navegaba rumbo a la costa romana, perdido ya el norte y casi la esperanza de salvarse, se encomendó humildemente -como mejor pudo- al Señor por la mediación de Francisco, y echó la candela al mar. Inmediatamente sobrevino la calma, saliendo él incólume de aquel trance.

Declara además que oyó decir al napolitano fray Gregorio de Vico, que en tiempos de Carlos VIII, rey de Francia, mientras combatía él en el ducado de Bretaña bajo la milicia del mencionado rey Carlos, intervino en el conflicto bélico llamado vulgarmente de San Albino de Cornier, en el que hubo muchas bajas. El mismo Gregorio, en la refriega, llevaba consigo una vela que había recibido como regalo del hermano Francisco. Se la había colocado bajo su casco o yelmo, con la esperanza de que así evitaría el peligro de muerte. Sucedió entonces que un proyectil lanzado con fuerza por una máquina de artillería fue a dar en la cabeza de Gregorio, saliendo ileso. Posteriormente se dirigió al convento de los frailes Mínimos, cerca de Tours, y desdeñando y abandonando el mundo, los honores de caballería y todo cuanto tenía, recibió el hábito de la Orden en el mismo convento, y desde entonces allí vivió y vive laudable y religiosamente.

Declara igualmente que hace como veinte años se encontraba en la ciudad de Génova con un fraile de la misma Orden, llamado Rogerio, con el que viajó desde dicha ciudad hasta la región de Nápoles. Rogerio, por su parte, quitándose el calzado que usan los frailes de su Orden para cubrir sus tibias, se puso otro diferente, a modo de botas. El hecho -según oyó decir el testigo a algunos frailes- llegó a oídos del hermano Francisco de Paula, ahora ya difunto, quien lamentándolo profundamente, dijo que el fuego de san Antonio abrasaría un día las tibias de fray Rogerio.

Posteriormente, el ahora difunto fray Rogerio y el testigo, volvieron de Nápoles a la ciudad de Génova. Y al acercarse la fiesta de Navidad de aquel año, después del canto de maitines, a fray Rogerio le sobrevino un dolor muy fuerte que le duró hasta el día de la fiesta de San Antonio, que se celebra en el mes de enero; de forma que el mismo día en que se celebraba la fiesta de dicho santo fray Rogerio agotó su vida. Después el que declara regresó al convento de los frailes Mínimos de Tours y contó al hermano Francisco la muerte y el modo cómo se produjo el desenlace de fray Rogerio, respondiéndole el Hermano que ya lo había sabido con anterioridad. Y luego, una vez hubo contado lo dicho a los frailes de aquel convento, ellos le dijeron que el hermano Francisco de Paula, el día de la fiesta de San Antonio, día en que había muerto fray Rogerio, les exhortó a que rezaran a Dios por el alma de aquel fraile, porque, tal como decía, lo necesitaba. Declara también que oyó contar que se habían verificado muchos, muchísimos milagros por intercesión del difunto de Paula.

Y esto es cuanto declara.

37

### **Alejo Dargouges**

El honorable Sr. Alejo Dargouges, es de Tours y tiene unos 45 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien y Pedro Cruchet, ambos subdelegados o comisarios mencionados anteriormente, estando presente el también referido notario; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en el convento de los frailes Mínimos, cerca de Plessis du Parc, en Tours, el día, mes y año reseñados arriba.

Declara haber conocido al difunto fray Francisco de Paula hace unos veintisiete o veintiocho años y que habló con él. Asegura que tuvo ocasión de oírle hablar de Dios y de sus mandamientos, y, tal como oía decir, era un hombre de vida tan santa y austera y que se tenía la convicción de que en aquel tiempo no había nadie que llevara una vida semejante.

Al ser preguntado sobre los milagros, afirma que hacía unos veintisiete años conoció en la ciudad de Tours a una mujer joven, algo trastornada, que a veces daba señales evidentes de haber perdido la cabeza, y que luego la volvió a ver totalmente recuperada, por lo que él mismo le preguntó cómo había recobrado la cordura y la salud. Ella le respondió que había ido al convento de dicho hermano Francisco de Paula y que se había traído un trozo de pan blanco bendecido, y que después de habérselo comido se curó, recuperando la sensatez.

Y esto es cuanto declara.

38

### **Fray Leonardo Barbier**

El reverendo fray Leonardo Barbier es presbítero y religioso profeso de esta Orden de los Mínimos, y tiene unos 34 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros, los subdelegados o comisarios ya mencionados, estando presente el tantas veces referido notario; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en el antedicho convento de los frailes Mínimos, de Plessis du Parc, el día, mes y año susodichos.

Al ser preguntado sobre lo que sabía acerca del difunto fray Francisco de Paula, declara que lo conoció hace unos dieciocho años, cuando ingresó en dicha Orden, en la que recibió el hábito, emitiendo la profesión en el convento de los frailes Mínimos, junto a Plessis du Parc, cerca de Tours. Allí es donde vivía entonces el Hermano difunto y donde acabó sus días. Por eso, al estar allí, pudo conocer su vida y su talante.

Francisco vivía solo en una casita retirada dentro del recinto de dicho convento. Al rayar el alba muchas veces oía la misa humilde y devotamente; luego alguna vez se recogía en su casita y ya no se le volvía a ver más. Alguna que otra vez, según el tiempo que hacía, se iba al huerto provisto de una pala o también de otros instrumentos aptos para cavar la tierra, y allí trabajaba con sus propias manos todo el día; y cuando se cansaba se retiraba a una pequeña cabaña que tenía la forma de medio horno, situado de cara al sol y que estaba cubierto de sauces y protegido con cruces; y luego, por la tarde, procurando que nadie le viera, se volvía a su celdilla.

A veces también se quedaba en la iglesia desde la primera misa hasta la última que se celebraba, manifestando la máxima reverencia hacia los divinos oficios, y procurando que todo se hiciera como es debido, con devoción y la mayor dignidad posible. Tenía también una gran veneración hacia los sacerdotes. Y en la iglesia, a menos que se viera forzado, no daba ni ofrecía la paz a los asistentes antes que los sacerdotes.

En las grandes solemnidades reunía a los frailes y con palabras llenas de unción y con santas exhortaciones los inducía a llevar una vida según Dios y en consonancia con el estado religioso; de modo que con estas palabras los despedía consolados, no sin antes dar a cada uno de ellos el ósculo de paz, como signo de caridad y afecto, junto con la absolución general y la bendición, y algunas otras recomendaciones.

Al preguntársele sobre la comida y bebida de Francisco, declara que nunca le vio comer ni beber más que *in articulo mortis*. No obstante, durante su vida los frailes le llevaban pan con habas, guisantes, algunas hierbas y raíces que -según se decía- de manera frugal solía tomar, preparándoselo él mismo.

Añade también que oyó de boca de dichos frailes que a causa de una enfermedad que padecía el Hermano difunto, se le preparó alimento de pescado, pero no sabe si se los comió.

Afirma además que en el trato era sencillez y afable; no obstante cuando tenía que reprender era exigente, aunque con los frailes inobservantes procedía con suma mansedumbre. Asimismo en aquel convento se decía que tuvo que sufrir mucho por culpa de algunos frailes reacios a observar su estilo de vida y que pedían llevar una vida más relajada.

Dice además que era tanta su humildad que se ofrecía a lavar la ropa de los frailes, si bien no permitía que nadie más que él lavara la suya. Dormía recostado sobre un lecho de sarmientos, teniendo encima una cuerda que pendía de arriba para levantarse más fácilmente; pero se tenía la convicción que dormía poco, ya que durante toda la noche se veía la claridad de una luz en su celda.

También se le vio bastantes veces, después que los frailes se habían retirado al dormitorio, asegurarse que las puertas del convento quedasen cerradas y no permitía que quedaran abiertos los accesos en que había banzos o escaleras; y para que no se utilizaran de noche, echaba las cadenas. Interrogado sobre los milagros, declara que vio en aquel convento a un joven novicio de la Orden, llamado Guillermo Cucumelle, víctima de una grave enfermedad, que al parecer estaba atormentado por el demonio, y que echaba espuma por la boca, y que hacía con los dedos signos y gestos extraños.

Al ver esto, uno de los frailes que estaban allí presentes entristecidos ante aquel caso, el llamado Gregorio de Vico, acudió a la celda de Francisco, rogándole con insistencia que visitara al novicio. Inicialmente, moviendo la cabeza, dijo que no iba, y luego exhortó a fray Gregorio a que hicieran ellos con el novicio lo que pudieran. No obstante, vencido por las súplicas de fray Gregorio, Francisco se dirigió al dormitorio de dicho convento donde estaba el novicio; con la puerta abierta se quedó mirando atentamente al joven y la habitación en la que yacía. El novicio le impidió que entrara mientras él seguía mirando de una a otra parte alrededor de su lecho; luego puesto un pie en aquella celda lo volvió a retirar; sucesivamente lo volvió a poner y lo volvió a quitar, como si tuviera miedo de entrar, pero por fin entró.

El testigo que ahora declara vio al Hermano difunto que cogía su cingulo de lana, del color de su hábito, haciendo ademán de ponerlo sobre el cuello del novicio. E inmediatamente, cerrada la puerta de la celda, el hermano Francisco junto con el reverendo padre Germán Lyonnet, ministro general de dicha Orden, y el propio novicio, se quedaron allí, donde estuvieron durante un rato. El testigo y algunos otros frailes que estaban junto a la puerta oían y entendían al novicio que, a pesar de ser inculto, hablaba en latín y otras lenguas desconocidas y que el Hermano difunto respondía al novicio. Así estuvieron hablando los dos durante casi una hora; y desde aquel momento el novicio quedó sano y salvo, de modo que al día siguiente, según había hecho antes, acudió a la iglesia y a los demás actos comunes, relacionándose (*normalmente*) con todos los frailes.

Asegura asimismo que desde el momento en que empezó él a vivir en aquel convento, durante casi un año se vio aquejado por cierto dolor de estómago y por esta razón muchas veces se vio obligado a tomar algunos medicamentos, pero a pesar de ello no se había podido curar de dicha dolencia.

Un día, estando el testigo en la enfermería del convento, llegó allí un hermano carnal suyo que vivía en su casa, suplicando con insistencia al hermano Francisco que dejara ir a su lugar de origen, o sea al Ducado de Alençon, de la diócesis de Sées, al testigo juntamente con otro hermano carnal suyo que también era novicio de dicha Orden, con el fin de apaciguar, según decía, unos litigios y contiendas que habían surgido entre los demás hermanos a causa de la herencia paterna.

Francisco concedió el permiso al testigo y a su otro hermano novicio para que por obediencia fueran a su tierra, aunque el testigo se hallaba entonces tan débil que apenas podía andar. Pero al fin, hechas las paces entre los hermanos, volvió al convento completamente curado. Él cree que recuperó la salud por intercesión del Hermano difunto.

Declara asimismo que en el año del Señor, 1506, el Domingo de Ramos, Francisco empezó a sentir cierto malestar, agravándose en los tres días siguientes; pero a pesar de ello, el Hermano difunto no dejaba que sus frailes ni otras personas le ayudaran ni le prestaran atención alguna. Sin embargo, llegado el Jueves Santo, día de la Cena del Señor, el paciente, ayudado por algunos de los frailes, fue a la iglesia del convento; y hecha una humilde y devota preparación, y precediéndole devotamente los sacerdotes, con lágrimas en los ojos, él se hincó de rodillas humilde y devotamente y con el cingulo sobre el cuello, como es costumbre en la Orden, pidió que le administraran el santo sacramento de la Eucaristía; y diciendo la oración de San Gregorio y otras, como “Señor, yo no soy digno”, lo recibió con humildad y devoción. Luego aún permaneció en el coro de la iglesia durante algún tiempo siguiendo la celebración litúrgica.

Después los frailes, viéndolo ya muy debilitado, lo llevaron a su celda, y estando allí, uno de los frailes, llamado Berte -según dijo éste al testigo-, preguntó al Hermano si quería que le lavasen los pies, como suele hacerse en la Orden. Francisco respondió a Berte que por aquel día no se los lavaran, sino que al día siguiente hicieran de él lo que quisieran.

Por fin, el Viernes Santo el hermano Francisco ordenó que acudieran todos sus frailes a su celda y les exhortó dulcemente a mantenerse fieles a la religión y a la Orden, así como a amarse mutuamente, y a observar la Regla, ya aprobada por el Papa, y que obedecieran a fray Bernardino de Otranto, que estaba allí presente, como superior suyo, hasta el Capítulo general que se celebraría en Roma dentro de un año, dejándolo pues como sucesor suyo hasta que en dicho Capítulo general se proveyera canónicamente con otra persona.

Fray Bernardino, declarándose indigno de tan alto cargo y alegando que en la Orden había otros más sabios que él, rehusaba aceptar tanta responsabilidad. Pero el Hermano difunto respondió a Bernardino que aceptara gustoso aquel encargo, porque “la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios”, asignándole como colaboradores a los frailes Jacobo Lespervier, Mateo Michel, y el corrector del convento, como coadjutor. Y acabadas estas disposiciones, aquel día de Viernes Santo, hacia las diez de la mañana, el hermano Francisco expiró.

Y esto es cuanto declara.

### Patricio Binet

El honorable Sr. Patricio Binet, ciudadano de Tours, vive en la parroquia de San Pedro de las Puellas y tiene unos cincuenta y dos años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, subdelegado ya mencionado, estando presente el referido notario, pero con la ausencia del reverendo Dr. Pedro Chabron, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día 20 del mes y año referidos.

Declara que estuvo al servicio del difunto Luis XI, rey de Francia, en calidad de fámulo de cámara cuando el difunto fray Francisco de Paula vino acompañado por un tal Guynot de Bussières -maestre del hostel de su Majestad-, desde la región de Calabria hasta Plessis du Parc, cerca de Tours, donde a la sazón estaba el monarca; y que oyó contar al mencionado Guynot de Bussières muchas cosas dignas de encomio sobre el hermano Francisco, a quien el Rey visitaba todos los días.

Afirma asimismo que una vez que murió el Rey, fue bastantes veces a visitar al hermano Francisco de Paula en el convento de los frailes Mínimos, en Plessis du Parc, pudiendo hablar muchas veces con él, del que guardaba palabras llenas de unción.

Asegura que en aquel convento se decía que alguna vez pasaban hasta tres días en los que el Hermano difunto no probaba alimento, a excepción de algunas frutas. Todos los que le habían conocido estaban convencidos que llevaba una vida santa, y que esta era la opinión más corriente.

Declara también que hace unos quince años, fray Francisco Binet, hermano del testigo, que ya era y es religioso mínimo y recientemente General de la misma Orden, estaba aquejado de una grave enfermedad en una casa conocida vulgarmente como “la Mothe Chappón”, cerca del convento, a la que había sido llevado con el fin de que pudiera ser atendido mejor en su dolencia. Entonces el difunto fray Francisco de Paula fue a visitarle y lo consoló, ya que se decía que no viviría más tiempo. El mismo Francisco, hablándole y consolándole, le dijo que no moriría de aquella enfermedad, tal como refirió luego al testigo el propio fray Francisco Binet y otros frailes de la Orden.

El testigo afirma y declara que el hermano Francisco de Paula le dijo que fray Francisco Binet se trasladaría a Roma y que aportaría mucho fruto a la Orden, lo que proporcionó gran consuelo al testigo y a los demás parientes.

Asegura aún que desde el momento en que murió el hermano Francisco, el testigo estuvo en Nantes para gestionar todo lo relativo a la sepultura de los difuntos Duque y Duquesa de Bretaña, y hablando sobre el hermano Francisco de Paula, oyó de labios de un tal Pedro, que estaba al servicio de un general de Bretaña, cuyo apellido desconoce, que él mismo en una ocasión fue presa de ciertas fiebres malignas, y que se encomendó a Dios por intercesión del Hermano difunto y que desde entonces se encontró perfectamente y que nunca le afectaron más.

Y esto es cuanto declara, excluido todo tipo de favor o cualesquiera otras cosas ilícitas.

40

### Martín Moreau

El honorable Sr. Martín Moreau, mercader y ciudadano de Tours, tiene unos cincuenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, uno de los subdelegados o comisarios arriba mencionados, estando presente el tantas veces referido notario y ausente el reverendo Dr. Pedro Chabron, colega nuestro; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año susodichos.

Declara que conoció al hermano Francisco de Paula hace alrededor de unos veinte años, en el convento de los frailes Mínimos de Plessis du Parc, en Tours; que habló muchas veces con él, y que (*en cierta ocasión*) él y su comitiva recibieron de Francisco una exhortación para que siempre hicieran el bien, conforme a la voluntad de Dios. La opinión más corriente que entonces se tenía de Francisco era que llevaba una vida muy austera y sobria; de hecho su aspecto reflejaba una cierta extenuación, debida a semejante austeridad. (*Añade*) el mismo testigo que obtuvo del Hermano difunto algunas candelas de cera que encendía cuando había tormentas con rayos, y nunca le pasó nada. Declara además que oyó decir de labios de Alejo Dargouges que se habían obrado milagros por medio de dicho difunto, y concretamente que una mujer demente se había curado por la intercesión del hermano Francisco.

De modo semejante asegura que vio al hermano Francisco de cuerpo presente, hace seis o siete años, cuando falleció el Viernes Santo; y que a su juicio se encontraba igual que cuando estaba vivo, menos los ojos, que los tenía cerrados; y que con el fin de rendirle homenaje era tal la concurrencia de gentes que habría unas seis mil personas; y que al cabo de ocho días de su muerte, el testigo lo vio de nuevo y lo tocó con sus propias manos, y que no percibió ningún mal olor en su cuerpo; que luego él mismo acompañó a la ilustrísima Princesa, Doña Luisa de Borbón y a su comitiva para que lo vieran; él vio como ella tocaba la mano del difunto, y luego, tanto el testigo como la misma Princesa y su comitiva volvieron contentos por haber constatado el aspecto (*físico del cuerpo*) de un hombre santo.

Y esto es lo que declara.

41

### Juan Moreau

El noble Sr. Juan Moreau, forjador de escudos, vive en Tours, en la parroquia de San Pedro de Corps, y tiene unos 60 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, el subdelegado ya mencionado, estando presente el referido notario, pero en ausencia del reverendo Dr. Pedro Chabron, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día 21 de agosto del año susodicho.

Declara que hace unos treinta años, estando él prestando servicio al ilustrísimo príncipe Luis XI, rey de Francia, a través de un mercader napolitano, un tal Mateo Cópola, supo que en la región de Nápoles vivía un hombre de gran santidad que hacía muchos milagros, y que por su intercesión su mujer (tal como él creía) había dado a luz. Y puesto

que el difunto Rey deseaba vehementemente tener consigo a aquel varón íntegro y santo, el testigo refirió estas cosas al Rey, por lo que luego el Rey habló con el mencionado Cópola, enviando poco después unos legados a la región de Nápoles. Entre ellos iba Guynot de Bussières, maestro de la casa real, con el fin de guiar y traer (si fuera posible) a dicho santo varón; cosa que así hizo, es decir, que Guynot condujo al hermano Francisco de Paula -el hombre intachable que tanto deseaba el Rey-, hasta Plessis du Parc, cerca de Tours. Aclara además que luego, cuando el Rey supo que Francisco había llegado al puerto de Marsella, lleno de alegría, dio gracias a Dios por su llegada. Entonces el mismo rey le dijo al testigo que sentía tanto gozo de la venida del hermano Francisco que no sabía si estaba en el cielo o en la tierra, añadiéndole a continuación que, puesto que él era la causa (*el mediador*) de que hubiera venido el hermano Francisco, quería recompensarle y por eso que pidiera lo que quisiera. A lo que el testigo respondió que no pedía otra cosa sino que promoviera a su hermano, el Dr. Pedro Moreau, al episcopado. El Rey le contestó que asentía con mucho gusto; más aún, que para que pudiera hacer frente a los gastos del episcopado le ofrecía una suma de diez mil escudos de oro.

También declara que estando el Rey enfermo de la enfermedad de la que luego moriría, el padre del testigo fue a visitarle, hallando al monarca en la cama. Éste, en presencia del testigo, dijo que el Dr. Jacobo, médico del mismo Rey, le había comentado que cuidara de la salud de su alma, y que estaba preocupado por su salud física, a pesar de que el hermano Francisco le había asegurado que no tenía por qué temer hasta el sábado siguiente.

Y de hecho el monarca entregó su vida el sábado siguiente. Por eso el testigo, recordando las palabras del Rey, pensó bien del hermano Francisco. Posteriormente oyó decir comúnmente que el difunto fray Francisco de Paula vivió una vida muy austera y santa.

Y esto es cuanto declara.

42

### Fray Esteban Jolys

Fray Esteban Jolys es presbítero y religioso de la Orden de los Mínimos y tiene unos cuarenta y cinco años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, subdelegado o comisario susodicho, estando presente el referido notario Dr. Jacobo Tillier, pero con la ausencia del reverendo Dr. Pedro Chabron, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año susodichos.

Declara en primer lugar que conoció al difunto fray Francisco de Paula, que mientras vivía y hasta que murió fue General de la Orden de los Mínimos, y que hará unos veintidós años que en la fiesta de la Epifanía del Señor recibió de manos del Hermano difunto el hábito de la Orden y que luego, al cabo de un año, emitió la profesión en la Orden. A partir de entonces pudo conocer la vida y costumbres de Francisco, así como percibir su humildad, su austeridad de vida y su abundante caridad.

Al ser interrogado acerca de la comida y bebida que tomaba Francisco, asegura que se le suministraban habas, que él mismo reblandecía en agua, las machacaba en el mortero y se las comía, bebiendo únicamente agua. Habitualmente su vida discurría en continua oración o meditación y en otras obras piadosas; tanto era así que un día el difunto Rey de Francia, Carlos VIII, se dirigió al convento de dicha Orden de los frailes Mínimos, de Plessis du Parc, para hablar con el hermano Francisco, y con ese fin mandó que fuera a la iglesia del convento.

Entonces fray Pedro Gibert, corrector del convento, llamó dos o tres veces a la puerta de la celdilla del Hermano, empleando las palabras consabidas: “Ave, María”, y añadiendo: “Padre, el Rey desea hablar con usted”. Pero Francisco no respondió, ni salió de su celda. Algunos religiosos de aquel convento decían que a veces pasaban hasta ocho días que no salía de su celda o de que alguien lo viera. Informado de ello el Rey, se acercó a la puerta de la celda para hablar con Francisco y llamó diciendo las mismas palabras: “Ave, María”. Padre, “Je veux parler a vous” (*Padre, deseo hablar con usted*). Pero el Hermano ni respondió, ni salió.

Ante esto el Rey y los que estaban con él, creyendo que hubiera muerto, trataron de abrir la puerta de la celda forzándola. Fue entonces cuando se oyó a Francisco emitir una voz algo triste, pero sin salir; ni respondió ni profirió palabra alguna, por lo que el Rey se marchó del convento. Se tenía la certeza de que entonces Francisco estaba sumido en contemplación.

Declara además que él mismo, durante el noviciado, se sintió muchas noches atormentado y atemorizado por el espíritu maligno, hasta el punto que pensó abandonar la Orden. Sin embargo, reconfortado por los frailes y especialmente por el hermano Francisco, siguió en ella y se encomendó a sus oraciones. No obstante superada ya la tribulación y hallándose más tarde el testigo en el convento de Blois, de la diócesis de Langres, fue acometido por una

grave enfermedad que no sabe especificar, pero dice que entonces se llamaba comúnmente úlcera perforada, de modo que un médico, experto (como se decía) en el arte médica, juzgó que no llegaría más allá del mes en que estaban o hasta primeros del siguiente.

Considerándolo el testigo -que había entrado en religión sin consultarlo con su padre y sin que él lo supiera-, pensó que si fallecía en aquella región de Borgoña, su padre creería que habría abandonado la Orden y el hábito religioso. Por esta razón pidió la obediencia para volver a la región de Tours de donde era oriundo, consiguiendo la licencia de regresar al convento de los Mínimos de aquel lugar. Por lo que, aun estando todavía enfermo y con el diagnóstico del médico, se encaminó hacia Tours, al mencionado convento y se presentó ante el hermano Francisco de Paula y los demás frailes. Oída la opinión del doctor, Francisco dijo que el Señor era el mejor médico, que cura según su beneplácito a cuantos confían en Él. Así consoló al testigo y le exhortó a que perseverara en la oración, añadiendo que si así lo hacía, el Señor le daría gracias para que él diera mucho fruto. Después lo mandó por obediencia al convento de la Orden, que hay en Châtellerault, en la diócesis Poitiers. Y desde entonces la enfermedad remitió hasta desaparecer por completo, de modo que ya no la padeció más. Y está seguro que la curación la obtuvo del Señor por intercesión del hermano Francisco de Paula.

También declara que estando él en el noviciado, llegaron al convento de la Orden que está junto a Plessis du Parc, dos religiosos de la Orden de los Frailes Menores de Tours, trayendo consigo a un joven novicio de dicha Orden religiosa que, como se decía, era atormentado por el demonio y, según se comentaba, había abandonado el convento de los franciscanos de Nantes, por lo que andaba errante y vagaba como un endemoniado. Ambos religiosos pedían con insistencia que el hermano Francisco intercediera por la salud de aquel novicio. Luego el Hermano difunto, dirigiendo a los frailes unas palabras de consuelo, les exhortó a que se encomendaran al Señor y a la intercesión de San Francisco (*de Asís*), su santo patrón. Por fin, vencido por sus ruegos, les mandó que fueran a la iglesia de dicho convento junto con el novicio. ¿Para qué? El testigo lo ignora, porque no estuvo presente. Pero luego, a través de un fraile mínimo, de nombre Nicolás, que había llevado un cirio encendido a la iglesia, supo que el Hermano difunto había conjurado al demonio que poseía al joven novicio. Poco después el testigo vio a los frailes Menores y al novicio sano (aunque muy debilitado). A éste Francisco le dio unas hierbas, de las que decía que le serían muy útiles para fortalecer el cerebro y el estómago, exhortándole a que fuera fiel servidor de Dios y de su Orden.

Asegura asimismo que hace unos cinco años llegó al convento de los Mínimos de Châtellerault en el que vivía el testigo como vicario del convento, un tal Jorge, que según decía procedía de Cove, de la diócesis de Poitiers. Aquel explicó al testigo que anteriormente durante un año había perdido la cabeza, y que por eso iba de aquí para allá sin rumbo, a veces atado y otras suelto, porque rompía las ligaduras con que lo sujetaban. Un día, sumido en tal demencia, oyó (según creía) una voz que le decía en francés: “Encomiéndate a Francisco, el santo de Tours y te curarás”. Finalmente, cediendo un poco tal demencia, se encomendó a las oraciones de Francisco y se curó. Por esta razón, según aclaró al testigo, se llegó luego hasta el sepulcro del hermano Francisco para dar gracias a Dios y al mismo difunto. Entonces pidió al testigo que se hiciera cantar como sufragio la *Salve Regina* en el convento de Châtellerault en agradecimiento por beneficio tan señalado; lo que así hizo el testigo.

Declara también que oyó contar a un tal fray Tomás, religioso de la Orden de los Mínimos, que hace unos quince años, estando él en Roma con un tal fray Pedro Gebert, también religioso de la Orden, una mujer de la región de Picardía estaba poseída por el demonio, y que la habían llevado a Roma para que fuera liberada, permaneciendo allí por espacio de tres meses sin poder ser curada. Entonces el mencionado fray Gebert fue instado por algunos para que encomendara a aquella endemoniada a las oraciones del hermano Francisco. Fray Gebert (según refirió al testigo el mencionado fray Tomás, jurando decir esto en virtud de santa obediencia), puso una cuerdecita del hermano Francisco, que el mismo Gebert llevaba consigo, alrededor del cuello de la mujer posesada, conjurando al demonio que tenía presa a la mujer, en el nombre de Dios, de la gloriosa Virgen María y por los méritos del difunto fray Francisco de Paula, en cuanto fiel siervo de Dios (como él creía) que era. Entonces el demonio, hablando por boca de la mujer, preguntó a fray Gebert si conocía a Francisco de Paula, y al declarar que sí lo conocía, el demonio precisó que tiempo atrás también al Hermano difunto lo había atormentado, pero que no había conseguido nada, antes bien, que había sido derrotado, y que por eso si tenía que salir por los méritos del Hermano difunto, tendría que atormentar a sus frailes. Entonces el demonio abandonó a aquella mujer. Posteriormente, una vez liberada, gracias a Dios, fray Tomás, tal como confesó al testigo, vio y habló con aquella mujer.

Declara también que una mujer llamada Beatriz y que vivía en la diócesis de Langres, en un lugar conocido vulgarmente como Chaulmont de Basigny, durante quince años vivió unida en matrimonio, pero no tuvo hijos. Por tal motivo ella pidió a fray Mateo Michel, religioso de la misma Orden y hermano carnal suyo, que rogara al hermano

Francisco de Paula para que intercediera ante el Señor y pudiera tener descendencia. Posteriormente el marido de Beatriz se desplazó a la región de Tours donde se hallaba Francisco de Paula para rogarle en este mismo sentido. También fray Mateo pidió al hermano Francisco que intercediera para que su hermana pudiera tener hijos. Francisco respondió a fray Mateo que el Señor la había visitado y le había concedido una gran gracia. De igual modo dijo al marido de dicha Beatriz que su corazón lo tenía demasiado apegado a los bienes temporales, que combatiera la avaricia, que confesara sus pecados y que se encomendara al Señor, añadiéndole que haciendo así también Dios le visitaría a él. Luego el testigo y fray Mateo fueron a la casa de Beatriz y supieron por ella que estaba en cinta, lo que había ocurrido gracias a las oraciones de Francisco, como decía que estaba segura la propia Beatriz.

43

### Antonio Maugris

El honesto Sr. Antonio Maugris, es mercader, vive en la parroquia de San Pedro de las Puellas y tiene unos 45 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien, uno de los subdelegados o comisarios arriba mencionados, estando presente el referido notario, pero con la ausencia del reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, por estar ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el 25 de agosto del año susodicho 1513.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula y que lo vio bastantes veces hace más de dieciocho años, y dice que recuerda las palabras que en aquel tiempo el Hermano difunto le dirigió una vez, exhortándole a servir fielmente a Dios.

Respecto de su fama, asegura que sabe, por lo que le contó mucha gente, que era un hombre de vida intachable y austera. En cambio sobre los milagros no sabe qué decir. No obstante dice que durante su vida vendió a los frailes de su convento de Plessis du Parc una gran cantidad de “padrenuestros” (*lo que hoy conocemos como rosarios*), llamados vulgarmente “guy de chesne”, (*algo así como granos de algarroba*) por valor de cien libras francesas. Declara además que, viviendo el Hermano difunto, fue bastantes veces al convento del “Ave María”, junto a Plessis du Parc, para hablar con él sobre algunos asuntos relacionados con el mismo testigo, y obtener de él algún consuelo. Pero no pudo hablar con él porque, según le decían los frailes del convento, Francisco entonces estaba dedicado a la oración y la contemplación.

44

### Juan Mutterne

El honesto Sr. Juan Mutterne es vendedor de velas, vive en Tours, en la parroquia de San Dionisio y tiene unos 32 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien, el subdelegado arriba citado, estando presente el tantas veces aludido notario, pero con la ausencia del reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año susodichos.

Declara que conoció y que habló con el difunto fray Francisco hace diez o doce años, debido a las cosas tan estupendas que de él se decían, pues corrientemente se decía que era un santo o que llevaba una vida santa y austera. También lo trató porque era él quien proveía de cera a aquel convento de los Mínimos. En una de las primeras conversaciones mantenidas con el Hermano difunto, éste le exhortó a la observancia de los preceptos del decálogo, haciendo énfasis en el temor de Dios, añadiendo que si lo hacía así progresaría en los bienes espirituales y también en los temporales.

Atestigua asimismo que no lo vio nunca comer; no obstante cuando iba al convento advertía en aquellos frailes la admiración que sentían por su estilo de vida, en cuanto a la comida y bebida, porque muchas veces los frailes -tal como referían- encontraban intacto en el lugar acostumbrado el alimento que se le había servido anteriormente.

Respecto de los milagros dice que no sabría especificar sobre alguno en particular que Dios hiciera por su mediación. Sin embargo asegura que oyó decir que no pocas veces a quienes habían recurrido a Dios y a sus oraciones les había ido bien.

Declara además que durante su vida tuvo ocasión de vender muchísimas velas de cera que, como decían, él las bendecía y las daba o mandaba darlas. De hecho cree que en vida del Hermano difunto habría vendido velas por un valor de unas doscientas libras francesas.

Y esto es cuanto declara.

### Juana de Fillesaye

La honesta señora Juana, es esposa del Sr. Antonio Fillesaye, vendedor de pieles y hospedero de Tours, que vive en la parroquia de San Saturnino y es propietario de una hospedería en cuyo frontis pende un ciervo como signo de hospitalidad. Ella tiene unos veintiséis o veintisiete años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, uno de los subdelegados o comisarios arriba mencionados, estando presente el tantas veces referido notario, pero con la ausencia del Reverendo, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos.

Declara que conoció, vio y habló con el difunto fray Francisco de Paula hace ahora unos siete años en el lugar y convento, llamado popularmente del “Ave María”, cerca de Plessis du Parc, de la ciudad de Tours, cuando iba en compañía de una mujer, vecina suya, de nombre Juana Audonete, hoy esposa de Guillermo Pere, que ardía en deseos de tener hijos de su marido, con el que llevaba unida en matrimonio unos diez años sin tener descendencia. (*Acudió allí*) porque muchas mujeres, amigas suyas, le habían asegurado que si se encomendaba devotamente a Dios y a las oraciones de Francisco (*también ella*) obtendría lo que deseaba, es decir, que tendría descendencia de su marido, y le añadían que algunas mujeres ya la habían obtenido de Dios por medio de dicho difunto.

Entonces habló con el Hermano difunto rogándole que intercediera por ella para que Dios se dignara concederle el don tan deseado de la descendencia. A través de un fraile que hacía de intérprete, Francisco le respondió diciendo que tendría hijos de su marido, aunque no en breves días, sino después de cierto tiempo. Asimismo le exhortaba a que ayunara y diera u ofreciera al Señor cada viernes una vela y que dijera cinco padrenuestros y cinco avemarías en honor del Señor y de sus cinco llagas. Y que esto no se lo tomara a mal, pues haciendo así conseguiría descendencia, como se ha dicho más arriba.

También asegura que el difunto Francisco, que –según ella cree- jamás había visto a la testigo, le dijo que era muy afortunada a causa de su marido, ya que descendía de padres más ricos que ella, y sin embargo podían compartir juntos la misma riqueza. Y le exhortó a que fuera muy obediente a su marido, de manera que frenara así su genio, indicándole que de este modo su marido dominaría sus golpes de ira. Luego la testigo marchó de la presencia del Hermano difunto, y transcurridos unos tres años concibió un hijo que aún vive. Y está segura que esto lo obtuvo del Señor gracias a la mediación del hermano Francisco.

Con respecto a la vida y costumbres de Francisco, declara que oyó decir habitualmente que mientras vivió en este mundo llevaba una vida santa y muy austera, y que no se sabía con qué alimentos se nutría tres días a la semana. Pero sobre esto no sabe qué otra cosa podría atestiguar, y lo mismo sobre los milagros que Dios obraba por medio del Hermano difunto.

Y esto es lo que declara.

### Juana de Pere

La honesta señora. Juana -esposa de Guillermo Pere, de profesión fabricante de sillas-, reside en la parroquia de San Hilario de Tours y tiene unos treinta y cinco años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, subdelegado o comisario ya mencionado, y el referido Dr. Jacobo Tillier, estando ausente el reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día, mes y año predichos.

Declara que conoció y vio al difunto fray Francisco de Paula hace unos doce años, en quien reconoció a un hombre bueno, el cual -como generalmente se decía- llevaba una vida austera y santa. Añade asimismo que hace aproximadamente siete años Antonio Fillesaye no estaba contento porque, llevando ya ocho años de casados, su mujer no había tenido hijos. Por esta razón su señora pidió a la testigo que le acompañara al convento de los frailes Mínimos, junto a Plessis du Parc, cerca de Tours, para ver a Francisco que vivía allí y pedirle que intercediera ante Dios por ella, y para que ella pudiera tener descendencia de su marido, lo que efectivamente así hizo. De modo que la esposa de Antonio Fillesaye y la testigo, a instancias de la madre de ésta última y la misma testigo, acudieron al Hermano difunto, y la Fillesaye le suplicó que dirigiera a Dios oraciones en su nombre. Entonces, según refería el fraile de dicho convento que hacía de intérprete, dijo a la Fillesaye que tendría hijos, aunque no en seguida, sino después de algún tiempo. También añadió que ella tenía que orar y ayunar una vez por semana, y que hiciera ayunar también a su marido, y que

ambos rezaran todos los días cinco padrenuestros y cinco avemarías, y que haciendo así, obtendría descendencia de su marido, como ya se ha dicho.

Asimismo asegura que Francisco dijo y desveló a la Fillesaye que su esposo era hijo de padres más ricos que ella y que había sufrido no pocas penalidades en su juventud; que, a pesar de ello, en lo sucesivo le había ido bien; y que, por el bien de su matrimonio, obedeciera a su marido.

Declara igualmente que pasados tres años, más o menos, la Fillesaye dio a luz un hijo que aún vive. Sobre la fama de Francisco, dice que se oía comentar habitualmente que llevaba una vida muy austera y santa, es decir que principalmente se alimentaba de hierbas.

Y esto es lo que declara.

47

### Catalina Jousseta

La honesta señora Catalina Jousseta, viuda del difunto Nicolás Manechier, vive en Tours, en la parroquia de San Vicente, y tiene unos sesenta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabron, subdelegado y por el notario ya mencionado, estando ausente el reverendo D. Pedro Crochet, colega nuestro, por estar ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día, mes y año susodichos. Declara que nunca vio al difunto fray Francisco de Paula sino ya muerto, pero dice que hace mucho tiempo oyó comentar acerca de él que llevaba una vida sobria y austera, y que sobre su vida y fama no sabría qué más decir.

Con relación a los milagros declara que hace unos quince años, un tal Robinet, de origen escocés, era víctima de una fiebre maligna en casa de la testigo. Un hombre, a quien llamaban familiarmente “decorador del rey”, se acercó a visitar a dicho enfermo y, estando presente la testigo, refirió cómo en cierta ocasión su yerno había sido víctima de una enfermedad. En efecto el decorador (*en aquella ocasión*) se fue hasta el convento de Plessis du Parc, donde entonces vivía el difunto fray Francisco de Paula y le pidió que rogara a Dios para que su yerno recuperara la salud. El mismo Hermano difunto le dio un pan y un manojito de hierbas, vulgarmente conocido como “bouquet”, para que se lo llevara a su yerno, diciéndole que confiara en el Señor y que no moriría de aquella enfermedad. El paciente hizo lo mandado, y según refiere el decorador, su yerno desde entonces empezó a recuperarse, quedando luego totalmente restablecido. Al oír esto, Robinet le suplicó que acudiera (*también ahora*) al hermano Francisco y que le rogara igualmente por él, como en efecto así hizo. Conforme relató después a Robinet en presencia de la misma testigo, el decorador se fue hasta el Hermano difunto para que se dignara rogar a Dios por el escocés y su salud. Al volver se trajo asimismo consigo un pan y un manojito de hierbas que Francisco le entregó para que se lo diera a dicho enfermo. El decorador dijo a Robinet que el hermano Francisco le mandaba aquel pan para que comiera de él el tiempo que durara, y no de otro; y que haciendo esto, no moriría, al contrario, se curaría. Así lo hizo Robinet, y confiando en la palabra de Francisco tal como se la habían transmitido, al poco tiempo recobró la salud.

Declara además que el viernes siguiente al Viernes Santo en que falleció Francisco, la testigo fue al convento de los frailes Mínimos, cerca de Plessis du Parc, para ver su cuerpo muerto y que aún no había sido inhumado. Observó que parecía que estaba vivo y que no desprendía ningún mal olor.

Y esto es cuanto declara.

48

### David le Maistre

El honorable Sr. David le Maistre, carnicero ordinario de nuestro Señor, el Rey de Francia, vive en la parroquia de Santa Cruz, y tiene cincuenta y siete años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabron, subdelegado y el notario, estando ausente nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Cruchet, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado el día 26 del mes y año susodichos.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula desde el momento en que se le acompañó desde la región de Calabria hasta estos lugares de Francia por mandato del cristianísimo rey de Francia, Luis XI, quien había enviado (*legados*) para que le pidieran que se trasladara hasta él, encargando esta misión al ahora difunto Guynot de Bussières, maestro del hostel del Monarca. Dice que por medio de algunas personas había sabido que ya entonces el hermano Francisco llevaba una vida santa y austera.

Posteriormente el testigo mantuvo conversación con el propio Francisco recibiendo de él consuelo en medio de sus trabajos. Así, por ejemplo, cuando el testigo tenía que desplazarse a lugares lejanos, acudía a Francisco a pedirle que intercediera por él ante Dios para que no le ocurriera nada malo en el camino. Y esto era por la misma razón que antes cuando todo le había ido bien, gracias a las oraciones que el hermano Francisco dirigía al Señor por él. De ahí que el testigo recurriera oportunamente a Francisco cuando tenía que afrontar sus negocios.

Afirma asimismo que hace unos nueve años un hijo suyo, un tal Juan le Maistre, recibió de manos del difunto fray Francisco el hábito de la Orden de los frailes Mínimos, sin que él lo supiera, cosa que le dolió mucho, no tanto porque su hijo entrase en religión y ni siquiera porque hubiera recibido el hábito sin que él lo supiera ni se lo consultara, sino porque no podría soportar el rigor de esta Orden. Por esta razón el testigo se fue hasta el Hermano difunto para preguntarle por qué Juan, su hijo, había sido admitido en su Orden y había recibido el hábito sin que le consultara a él. Semejante encuentro resultó para él un motivo de profundo y saludable consuelo, por lo que abandonó al hermano Francisco muy contento y sobre todo por el ingreso de su hijo en dicha Orden.

Declara también que nunca le vio comer ni beber, pero que sí oyó decir muchas veces, tanto a los religiosos del convento donde vivió y murió, como a otras muchas personas, que llevaba una vida muy sobria y austera, como por ejemplo que el pan y el vino que determinados días le suministraban algunos frailes, pasados unos días, aún los encontraban allí donde se los habían dejado, en la misma cantidad; de modo que todos se admiraban de su estilo de vida. Mientras vivía cundía la fama de que era un hombre de una vida extremadamente austera.

Asegura igualmente que en una ocasión estando él presente en la iglesia del convento de los frailes Mínimos, de Plessis du Parc, vio cómo, acabado el servicio litúrgico, enviaba a sus frailes a comer y él se quedaba solo en la iglesia colocando en su sitio los ornamentos, y después se retiraba a su celdilla, en la que nunca permitió que entrara mujer alguna.

Da fe también de que con el fin de construir el convento del hermano Francisco en el lugar donde hoy está enterrado el rey Carlos VIII, éste compró o hizo comprar y ordenó que se le pagara a este testigo el precio del solar de dicho convento, lo que efectivamente así se hizo, o sea, que se le pagó el valor del terreno en el que sería construido dicho convento.

A pesar de ello, el difunto fray Francisco, sabiendo que el solar había sido propiedad del testigo y dudando de que aún no se le hubiera pagado, mandó a que le preguntaran si se le había satisfecho la deuda, con el fin de que, como decía, se procurara pagar al testigo en el caso de que aún no se hubiera hecho. En cuanto a los milagros declara, como dijo arriba, que siempre tuvo de él palabras buenas y llenas de consuelo que le hicieron mucho bien, y que sobre sus milagros o los que Dios hubiera hecho por su mediación no sabe nada, (salvo de oídas).

Y esto es lo que declara.

49

### Tomás Jacob

El honorable Sr. Tomás Jacob, tesorero mayor de las salinas de nuestro Señor, el Rey de Francia, vive en Tours, en la parroquia de San Saturnino, y tiene unos 53 años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabron, uno de los subdelegados, y el notario arriba mencionado, estando ausente el reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año antes indicados.

Declara que conoció y que vio al difunto fray Francisco de Paula hace unos veinticinco años, ya que fue a verle al lugar de Plessis du Parc, (*movido*) por cuanto se decía comúnmente de él: que era un hombre santo o de santa y austera vida. Dice que le oyó hablar y que en la conversación, según cuanto le trasmitía el intérprete, le exhortó a ser bueno, añadiendo asimismo otras recomendaciones provechosas, que de no ser por el intérprete el testigo no las hubiera entendido pues Francisco hablaba en italiano y él lo desconocía totalmente.

A lo largo de estos veinticinco años él frecuentó el convento de los frailes Mínimos de Plessis-du-Parc, cerca de Tours, juntamente con el ahora difunto D. Juan de la Rue, que mientras vivió fue notario y secretario del Rey de Francia, y tesorero de la ilustrísima Princesa y Señora Condesa de Angulema, así como jefe de protocolo de dicho monarca en la región de La Rochelle. Allí (*en el convento*) recibía y recibió velas de cera de manos del Hermano difunto que -como se decía- estaban bendecidas por él.

También oyó decir bastantes veces a los frailes de aquel convento, tras preguntarles él y el referido difunto D. Juan de la Rue sobre la vida del hermano Francisco así como por lo que comía y bebía, que como mucho tomaba unas

hierbas con vinagre y a veces un poquito de pan. Por lo demás se le considera habitualmente como un hombre de vida muy austera.

Asimismo sobre la fama declara (como antes) que siempre oyó decir, tanto durante su vida como después de muerto, que era un hombre admirable a causa de la vida tan austera que llevaba, de modo que si mientras vivía hubiera sido lícito llamarle santo, así se le hubiera llamado y de hecho, así le llamaba la gente sencilla.

Interrogado luego sobre los milagros declara que no podría atestiguar de ninguno en particular, sin embargo oyó decir bastantes veces y de mucha gente que quienes se habían encomendado a Dios y a sus oraciones, les había ido bien.

Asegura además que vio a Francisco muerto el día de Viernes Santo en que falleció, después de comer, cuando aún estaba en su habitación o celdilla en la que había muerto, y estaba tan hermoso y de mejor color (según le parecía) que cuando lo conoció mientras vivía. Y añade que con el deseo de poderle ver había acudido allí una enorme cantidad de gente.

50

### **Roberto Touschet**

El honesto Sr. Roberto Touschet, antaño cocinero o soperero del difunto Luis XI, rey de Francia, y al presente cocinero principal de Luis XII, también rey de Francia, vive en Tours, en la parroquia de la Santa Cruz, y tiene unos sesenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien, subdelegado y el notario susodichos, en ausencia del reverendo D. Pedro Cruchet, colega nuestro, que está ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año anotados antes.

Declara que Luis XI, rey de Francia, hizo que trajeran a Francisco desde la región de Calabria hasta esta tierra de Francia, concretamente al lugar de Plessis du Parc, cerca de Tours, por mediación del ahora difunto Guynot de Bussières, que entonces era el maestre del hostel del rey Luis, pues habían informado al Rey que el difunto fray Francisco era un hombre de vida santa o por lo menos austera. Esto lo sabe porque entonces prestaba sus servicios al rey Luis. Dice que estuvo presente en el momento en que Francisco llegó a dicho lugar de Plessis du Parc y vio cómo el rey Luis lo recibía con todos los honores y con temor de Dios, ordenando que desde ese momento se le tratara como a él mismo, lo que así se hizo, tal como el testigo supo de aquél que tenía por encargo suministrar la comida al Hermano difunto, cuyo nombre y apellido ahora no sabe. El hermano Francisco no comía los alimentos preparados, ya que el que se los servía los encontraba intactos en el mismo lugar donde se los había dejado. De modo que el que tenía a su cargo proporcionar los alimentos al Hermano difunto llegó a saber que como mucho sólo comía hierbas.

Declara asimismo que en aquella época el rey Luis de vez en cuando enviaba mensajeros; principalmente al mencionado Guynot de Bussières le dio el encargo de que averiguara qué comía Francisco y dónde se hallaba. Éste, cumpliendo su deber, le respondía muchas veces -según pudo escuchar el mismo testigo- que no lo había podido ver durante largo tiempo porque Francisco podía entrar y salir de su celdilla en Plessis du Parc donde había grandes y espesos matorrales.

Un día el monarca mandó buscar a Francisco, a quien por cierto encontraron sumido en oración y contemplación tras un tupido y frondoso matorral de dicho parque, según oyó decir también el presente testigo. No obstante este testigo nunca habló con el Hermano difunto, aunque sí lo vio bastantes veces; y desde entonces oyó decir habitualmente que era hombre de vida tan austera que apenas pudo saber qué comía o con qué se alimentaba. Y sobre los milagros que tal vez el Señor hubiera hecho por su intercesión, no sabe qué decir.

Y esto es cuanto declara.

51

### **Pedro Proust**

El honorable Sr. Pedro Proust, mercader de profesión, vive en Tours, en la parroquia de San Dionisio, y tiene treinta y siete años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabrien, subdelegado o comisario arriba mencionado, y el referido notario, estando ocupado en otros asuntos el reverendo D. Pedro Cruchet, colega nuestro; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día veintisiete del mes y año susodichos.

Declara ante todo que hace trece o catorce años vio al difunto fray Francisco de Paula, General de la Orden de los frailes Mínimos, mientras vivía en su convento junto a Plessis du Parc, cerca de Tours, y que desde entonces lo vio

bastantes veces, pero nunca tuvo oportunidad de hablar con él ni trabar amistad, por lo que no podría decir nada acerca de su vida. Pero respecto de su fama dice que oyó comentar habitualmente que el difunto fray Francisco llevaba una vida austera y muy saludable.

Al ser preguntado sobre los milagros, declara que nunca supo que Dios los hiciera por las oraciones de dicho difunto; sin embargo sí oyó decir muchas veces que durante su vida bendecía velas y las entregaba, y eran tan eficaces, según se decía, que encendiéndolas en la habitación donde las mujeres yacían en espera del parto, pronto daban a luz.

Declara además que dicho difunto durante su vida, juntamente con las velas mencionadas, según oyó contar muchas veces, daba en gran cantidad sartas de cuentas para (*el rezo de*) los “paternoster” (*el rosario*). Tales sartas de cuentas, eran conocidas popularmente como “guy de chesne”, (*granos de algarroba*). Esto lo sabe porque desde hacía dieciocho años hasta la muerte del Hermano difunto vivió en la casa de Mateo Proust, su padre, que era también mercader de Tours, y que vendió a los frailes de dicho convento de los Mínimos de Plessis du Parc, una gran cantidad de dichos “paternoster”, por un valor aproximado de ochenta o cien libras de francos, a razón de cuatro denarios de francos por cada par.

Y esto cuanto declara.

52

### Catalina Ayrolde

La honorable señora Catalina Ayrolde es viuda del difunto D. Juan Paulmier, que era oficial en la milicia armada y presidente del parlamento del senado de Grenoble; ella vive en Tours, en la parroquia de San Pedro de las Puellas y tiene unos cincuenta y siete años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, subdelegado y el notario antes mencionado, estando ocupado en otros asuntos nuestro colega, el reverendo (*D. Pedro Cruchet*); luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día 18 del mes de agosto de 1513.

Declara que vio y conoció al difunto fray Francisco de Paula y que habló con él poco después de su llegada a Francia; en cambio de otras ocasiones no puede precisar el tiempo. Por entonces habitualmente se decía en Plessis du Parc, que era donde vivía, que llevaba una vida saludable y santa y que se alimentaba muy sobriamente. Desde entonces en el trato con él escuchó muchas veces de su boca palabras consoladoras así en vida de su esposo -en que le exhortaba a servir a Dios y a complacer a su marido- como después de fallecer éste, en que la exhortó a mantenerse en su viudedad guardándola íntegra e inmaculada, encomiando y ponderando mucho que se mantuviera así.

Declara además que poco después de que llegara Francisco a Francia, requerido por el rey Luis XI que le había mandado llamar a Calabria, el monarca lo trataba con gran reverencia por la austeridad de vida que, según le habían dicho, había llevado, y que como se decía, ahora llevaba. Tanto era así que en aquel tiempo el rey Luis preguntaba muchísimas veces dónde estaba Francisco de Paula para poder conversar con él. Pero no se le podía encontrar, pues a veces permanecía hasta tres días (como se solía comentar) dentro de un espeso e impenetrable matorral que crecía vigoroso dentro del recinto del parque que hay cerca de Tours.

Declara también, como dijo antes, que desde el tiempo en que falleció su marido, el Hermano difunto, conversando con la testigo y otras personas, hablaba bastantes veces del estado de la viudez, y entre otras cosas sacaba a colación lo que el apóstol Santiago recomendaba a las viudas en su carta; y esto lo hacía teniendo en cuenta a la testigo, pues sabía que era viuda.

Asegura asimismo que en cierta ocasión, antes del fallecimiento del hermano Francisco -de lo que no se acuerda bien-, hallándose la testigo en Plessis du Parc, tuvo una conversación con una de las damas o damiselas de la ilustrísima Princesa, Señora Condesa de Angulema, llamada popularmente Señora de Fleac, sobre el Hermano difunto. Fue entonces cuando la Señora de Fleac dijo que creía que el hermano Francisco era un santo y que obraba milagros, pues, según decía, él solía dar cada día o al menos muchas veces a la Señora Condesa de Angulema, a sus señoras y señoritas una gran cantidad de hierbas de su huerto y, sin embargo, no disminuían, sino que casi todas las hierbas que había dado, al día siguiente las encontraba sin falta en el mismo lugar en igual o mayor cantidad, a pesar de que las cogieran las mismas señoritas.

Y en cuanto a si Dios hizo milagros por su intercesión, lo ignora; no obstante declara que el Hermano difunto durante su vida bendecía velas y luego las parturientas las encendían, tal como oyó contar bastantes veces; de modo semejante otras mujeres las encendían en sus habitaciones y se encontraban bien.

Afirma asimismo que en una ocasión, sintiéndose hundida por la tristeza, se encomendó a Dios y a la intercesión de Francisco, y muy pronto se sintió muy consolada. Y desde entonces, como tiene por costumbre, se ha encomendado muchas veces a él.

53

### **Rdo. D. Esteban Lancea**

El reverendo D. Esteban Lancea, presbítero y rector de la iglesia parroquial de San Miguel de Goscella, de la diócesis de Ferrara, es oriundo de Paula de la provincia de Calabria y está de paso por Tours, a su regreso -según dice- de una peregrinación a Santiago de Compostela, y tiene unos cincuenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabron, uno de los subdelegados arriba citados, en presencia del tantas veces mencionado notario, estando ocupado en otros asuntos el reverendo Dr. Pedro Cruchet, colega nuestro; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el día, mes y año antes referidos.

Declara que no conoció al difunto fray Francisco de Paula, pero sí a un sobrino suyo, de nombre Andrés de Paula, y que oyó también decir a su padre, que lo conoció, que mientras vivía en Calabria era un hombre de vida santa y austera.

Respecto de los milagros, asegura asimismo que siendo él joven, o sea hace ahora unos cuarenta años, oyó contar, que mientras el Hermano difunto estaba edificando un monasterio en Paula con el fin de cocer la cal, se construyó un horno; y que a causa del fuego amenazaba ruina. Francisco, a pesar del enorme calor que desprendía el horno, entró para reparar o reconstruir la pared que se derrumbaba. Y apenas entró en el horno amainó el fuego, de manera que reparó el muro del horno, es decir que en un breve espacio de tiempo quedó mejor que antes, saliendo luego ileso del horno. Al ver una cosa tan admirable, todos los presentes, entre los que estaba también el padre del testigo, según le contó él mismo, lo consideraron un milagro.

También asegura que oyó decir habitualmente de boca de algunos marineros que cuando el Hermano difunto se trasladó desde Calabria a Francia requerido por Luis, rey de Francia, haciendo la travesía en dirección a la Galia, el mar a su alrededor estaba tranquilo; en cambio a poca distancia el mar estaba muy borrascoso.

Y esto es cuanto declara.

54

### **Patricio Coguebourg**

El Sr. D. Patricio Coguebourg, miembro de la guardia de nuestro Señor, el Rey de Francia y ahora su pensionario, vive en la parroquia de Mirreyo, de la diócesis de Tours; tiene unos cuarenta años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Chabron, subdelegado y el notario antedichos, estando ocupado en otros asuntos nuestro colega el reverendo ya mencionado; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el dos de septiembre de 1513.

Declara que oyó decir muchas cosas y muy buenas sobre el hermano Francisco de Paula, y sin embargo no recuerda de haberlo visto. Acerca de su vida y fama no sabría qué decir, así como tampoco sobre los milagros. Únicamente que hace unos ocho años una tal Juana, hija de Maturino Massonel, de la parroquia de Mirreyo, que tenía trece o catorce años de edad intoxicó al hijo único de este testigo, que tenía entonces alrededor de dos años, según confesó la misma muchacha, que por esto estaba detenida en la cárcel de “Laquarte” de Castellaníe; de manera que era más seguro que el niño muriera. La noticia pronto llegó a oídos del reverendo Dr. D. Roberto Coguebourg, que entonces era limosnero de nuestro Señor, el Rey de Francia y en la actualidad lo es del obispo de Rosse, en el reino de Escocia, y del tesoro de la Capilla del Palacio de París y que también es hermano de este testigo, dispuso que dicho niño lo encomendaran al Señor y a las oraciones del difunto fray Francisco de Paula que todavía vivía y que él iría a hablar con Francisco a pedirle (*por el niño*); lo que así hizo. Posteriormente el Hermano difunto mandó a casa del testigo a dos frailes de su convento de Plessis du Parc, que está cerca de Tours, a visitar al niño. Cuando llegaron a la casa, que dista de su convento unas tres millas, el testigo y su hermano D. Roberto Coguebourg, acababan de cenar. Apenas llegaron los frailes, el niño que hacía poco tiempo había estado tan grave que más cabía esperar de él la muerte que la vida, pareció recobrarse y pidió cenar con su tío, D. Roberto, cosa que hizo mejor que lo había hecho medio año antes. Y desde aquel mismo día no se vio más aquejado de aquella dolencia, al contrario, quedó sano y salvo hasta este

momento. Está seguro que esto lo obtuvo de Dios a través de las oraciones de Francisco, a quien su hermano lo había encomendado.

Y esto es cuanto declara.

55

### **Luisa Poupillart**

La noble señora damisela Luisa Poupillart, esposa de D. Félix Martel, fámulo de cámara de nuestro Señor, el Rey de Francia, vive en Plessis du Parc, cerca de Tours y tiene unos treinta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, subdelegado o comisario, y el notario antes mencionado, estando ocupado en otros asuntos nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Crochet; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día, mes y año arriba indicados.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula desde el momento en que tuvo noticias de él, es decir desde que empezó a vivir en Plessis du Parc, cerca de Tours, donde se había construido y sigue en pie el convento de los frailes Mínimos y en el que residió hasta su muerte. Dice que conversó bastantes veces con él y que entonces le exhortaba a que llevase una vida honrada, buena y casta, o sea, que viviera con santo temor de Dios.

En cuanto a la vida, y en concreto en cuanto a la comida y bebida, declara que oyó decir habitualmente que en aquel tiempo vivía una vida santa y austera, y que como mucho se alimentaba de raíces. Respecto de los milagros, asegura que oyó decir generalmente que mientras vivió, Dios hizo muchos milagros a través de él, pero que no sabría precisar más. No obstante dice que hará alrededor de unos tres años a un hijo suyo le sobrevino una grave enfermedad que lo retuvo en el lecho durante cinco días y en tal postración que no le dejaba descansar y ni siquiera ser amamantado. De hecho estaba más cerca de la muerte que de la vida. Así que dándose cuenta la testigo del peligro que amenazaba al pequeño, se dirigió hacia el convento de Francisco, e hincándose de rodillas le suplicó que si sus oraciones podían tener algún valor ante el Señor, se dignara pedirle por la curación de su hijo, lo cual sucedió un día hacia las tres de la tarde. Efectivamente al terminar Luisa la oración, el niño empezó a recuperarse, de modo que se quedó dormido hasta las dos de la madrugada del día siguiente, y desde entonces quedó totalmente curado. Esto lo sabe porque apenas acabó ella su oración y concilió su hijo el sueño, temiendo se hubiese muerto -pues no le oía quejarse como antes-, lo miró atentamente a ver qué hacía, y entonces pudo percatarse de que realmente dormía. Ella está segura que esto lo consiguió de Dios por intercesión de Francisco.

56

### **María de Bouilliau**

La honesta señora María, es esposa de Pascual Bouilliau, fontanero de nuestro Señor, el Rey de Francia, vive en Plessis du Parc, cerca de Tours, y tiene unos sesenta años de edad. La testigo ha sido recibida por nosotros: Pedro Chabrimon, subdelegado, y el referido notario, estando ausente el reverendo Dr. Pedro Crochet, colega nuestro, por estar ocupado en otros asuntos; luego ha prestado juramento y ha sido examinada en Tours, el día, mes y año sobredichos.

Declara en primer lugar que conoció al difunto fray Francisco de Paula hace unos dieciocho años, y que desde siempre oyó decir que se alimentaba principalmente de raíces; que luego lo vio muerto durante dos, tres, cuatro y cinco días. Precisa no obstante que nunca supo que durante su vida Dios hubiera hecho algún milagro en particular por su intercesión. No obstante asegura que hace tres años su marido padeció un fortísimo dolor de estómago por el que se llegó a temer por su vida. La testigo, consciente de ello, sugirió a su marido que se encomendara a Dios a través del Hermano difunto para que se recuperara. Su marido lo hizo de muy buena gana y ordenó que se hiciera un exvoto de cera de media libra de peso reproduciendo la figura de un estómago para mandarlo al convento de los frailes Mínimos, junto a Plessis du Parc, donde estaba inhumado el cuerpo del hermano Francisco, y luego allí lo ofrecieran al Señor, dejándolo al pie de la tumba del difunto. Desde aquel momento nunca más volvió a padecer de estómago. La testigo está segura que su marido obtuvo de Dios la salud por medio por la intercesión del Hermano difunto.

Y esto es cuanto declara.

57

### **Guillermo Sireau**

El honorable y científico, Dr. D. Guillermo Sireau, licenciado en leyes, juez y singular lugarteniente general de la Bailía de Tours, vive en esta ciudad, en la parroquia de San Pedro de las Puellas, y tiene unos cuarenta y tres años de edad. El testigo ha sido recibido por nosotros: Pedro Cruchet, subdelegado, y el referido notario, estando ocupado en otros asuntos nuestro colega, el reverendo Dr. Pedro Chabrimon; luego ha prestado juramento y ha sido examinado en Tours, el 7 del mes de diciembre de 1513.

Declara que conoció al difunto fray Francisco de Paula por haberlo visto y haber hablado con él, y recuerda que cuando él tenía unos diez u once años, Francisco vino de la región de Calabria al reino de Francia, llegando hasta esta ciudad de Tours a instancias de Luis XI, rey de Francia. El Rey, movido por la austeridad de vida y la fama de santidad que gozaba Francisco -tal como se decía-, hizo que éste se desplazara de su patria calabresa a la corte del Rey. Asegura además que desde el momento en que se unió en matrimonio con la que ahora es su esposa, o sea hace unos dieciocho o veinte años, visitó bastantes veces por devoción el convento de los frailes Mínimos, de Plessis du Parc, que está cerca de Tours, y que era donde residía el Hermano difunto. Allí tuvo ocasión de hablar con fray Francisco de Paula, que entonces era General de la Orden de los Mínimos, y recibir de sus labios sabias instrucciones relativas al modo cómo debía comportarse dentro del matrimonio que había contraído, así como otras cosas para que viviera santamente.

El testigo no sabe si el hermano Francisco había estudiado alguna vez, pero en la conversación a veces usaba frases latinas. Se decía entonces y se ha venido diciendo habitualmente desde entonces que el Hermano difunto llevaba una vida muy austera y que se dedicaba muchas veces a la oración y a la contemplación, hasta el punto que nadie recuerda que haya habido alguien entre los mortales que haya vivido y perseverado con tanta austeridad de vida como el Paulano. De hecho se decía entonces que había veces que permanecía recogido en oración y contemplación durante quince días o tres semanas, sin comer ni beber, al punto de que no se sabía de qué se alimentaba en dicho tiempo. Al ser preguntado sobre los milagros, responde que no sabría qué decir.

Y esto cuanto declara.

PEDRO CRUCHET SSS.  
examinador de los testigos  
arriba mencionados,  
según se contiene en la titulación  
de cada uno de ellos.

PEDRO CHABRION SSS.  
examinador de los testigos  
arriba mencionados,  
según se deduce de la titulación  
de cada uno de ellos.

JACOBO TILLIER SSS.  
notario que ha estado presente  
en la declaración  
de todos y cada uno de los testigos.

## INDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i> .....	
Carta de los Comisarios.....	
TEXTO DE LA DECLARACIÓN DE LOS TESTIGOS.....	
Testigo primero: Juan Bourdichon.....	
Testigo segundo: Miguel Marseil.....	
Testigo tercero: Juan Corner.....	
Testigo cuarto: Juan Gaudin.....	

Testigo quinto: Juan Jolys.....  
Testigo sexto: Emerico Benardeau.....  
Testigo séptimo: Francisco Laurens.....  
Octavo testigo: Carlos Chepault.....  
Testigo noveno: Beltrán Bournault.....  
Testigo: décimo: Catalina Bergerelle.....  
Testigo once: María.....  
Testigo doce: Pedro Baillebis.....  
Testigo trece: Juana, viuda de M. Daulin.....  
Testigo catorce: Juana, esposa de H. Bonhomme.....  
Testigo quince: Juana, viuda de T. Vaillant.....  
Testigo dieciséis: Renata.....  
Testigo diecisiete: Juana, esposa de J. Mesnaige.....  
Testigo dieciocho: Juana Hameline.....  
Testigo diecinueve: Cornelio Crestien.....  
Testigo veinte: María, viuda de A. Ligier.....  
Testigo veintiuno: Oliva.....  
Testigo veintidós: Gervasio.....  
Testigo veintitrés: Petronila.....  
Testigo veinticuatro: Juana Beauvalent.....  
Testigo veinticinco: Guillermo Bidet.....  
Testigo veintiséis: Catalina, esposa de G. de Loyon.....  
Testigo veintisiete: Matutino Chabrimon.....  
Testigo veintiocho: Juan Bernier.....  
Testigo veintinueve: Martina Fichepain.....  
Testigo treinta: Juan Lescart.....  
Testigo treinta y uno: Pascual Boyleau.....  
Testigo treinta y dos: Pedro Courvoisier.....  
Testigo treinta y tres: Catalina Rusée.....  
Testigo treinta y cuatro: Juan Thonart.....  
Testigo treinta y cinco: Juan Galle.....  
Testigo treinta y seis: Fray Martín de la Haye.....  
Testigo treinta y siete: Alejo Dargouges.....  
Testigo treinta y ocho: P. fray Leonardo Barbier.....  
Testigo treinta y nueve: Patricio Bidet.....  
Testigo cuarenta: Martín Moreau.....  
Testigo cuarenta y uno: Juan Moreau.....  
Testigo cuarenta y dos: P. fray Esteban Jolys.....  
Testigo cuarenta y tres: Antonio Maugris.....  
Testigo cuarenta y cuatro: Juan Mutterne.....  
Testigo cuarenta y cinco: Juana, esposa de A. Fillesaye.....  
Testigo cuarenta y seis: Juana, esposa de G. Peré.....  
Testigo cuarenta y siete: Catalina Joussete.....  
Testigo cuarenta y ocho: David Le Maestre.....  
Testigo cuarenta y nueve: Tomás Jacobo.....  
Testigo cincuenta: Roberto Tousthet.....  
Testigo cincuenta y uno: Pedro Proust.....  
Testigo cincuenta y dos: catalina Ayrolde.....  
Testigo cincuenta y tres: Rdo. D. Esteban Láncea.....  
Testigo cincuenta y cuatro: Patricio Coquebourg.....  
Testigo cincuenta y cinco: Luisa Poupillart.....  
Testigo cincuenta y seis: María, esposa de P. Bouilliau.....

## APENDICE

### PROCESO DE AMIENS

#### Testigo único: D. Antonio de Gerane

1. El señor D. Antonio de Gerane de Figline, oriundo de la ciudad de Paterno, diócesis de Cosenza, en la región de Calabria, de 58 ó 60 años de edad, el día 25 del mes de junio declara haber conversado muchas veces por espacio de siete años con fray Francisco de Paula en el convento de Paterno (hasta que *(éste)* se trasladó al reino de Francia a instancias de Luis XI, rey de los francos, y por orden del Papa Sixto IV). Que en verdad, a la edad de veinte o veinticinco años, tuvo por primera vez noticia de él, con motivo de su fama y comentarios que corrían, que se multiplicaban, con narraciones de sus méritos por toda la región y tierras de Calabria, así como por las obras virtuosas y los milagros obtenidos de lo alto por los méritos y oraciones de dicho fray Francisco, narraciones que oyó referir de boca de su padre, de su madre, de sus amigos y de otros muchos, que conocieron los milagros y virtudes de dicho fray Francisco desde su tierna edad.

2. Dice también que circulaba la común voz y fama (según conoció en la provincia de Calabria por muchas personas muy dignas de fe) de haber el mencionado de Paula, desde sus tiernos años, abandonado padre, madre y familiares y haberse dirigido a lugares desiertos, en los cuales, bajo una no pequeña roca, habitó en cierta gruta por un largo intervalo de tiempo, rechazando con toda diligencia a los hombres del mundo y sus conversaciones, castigando su cuerpo de todos modos, comiendo *(únicamente)* hierbas. Dice también que, al llevarle alguno de aquella región algunos manjares, en atención a su pobreza, él enseguida escapaba y marchaba a lugares desiertos. No obstante, ellos, creyendo que se los comería, le dejaban aquellos alimentos. Pero, transcurridos los siete días siguientes, encontraron aquello que habían dejado sin ninguna alteración; pues él nunca comía carnes, por lo que estaba en boga el rumor de que fuera un continuador de Juan Bautista.

3. Dice además haber sabido de algunos que el mencionado de Paula, habiendo dejado la casa paterna, desde aquel tiempo nunca vistió ropas de lino, sino un vestido de paño grueso y tosco, confeccionado con lana negra, vulgarmente llamado en aquellos lugares “arbaso”. Pasaba la vida perseverando día y noche en sus oraciones vestido de este modo, andando con los pies desnudos y la cabeza al descubierto. Usaba también, para hacer frecuentes oraciones tanto verbales como vocales, solamente “padrenuestros”, comúnmente llamado corona de nuestra Señora. En años posteriores *(el testigo)* comprobó que todo aquello que había sabido sobre la vida y costumbres del mencionado de Paula se avenía a la verdad. Dice, por último, que el mencionado de Paula, inspirado (según se decía) por la divina providencia, después de haber macerado durante muchos días su cuerpo en la gruta antes referida, resolvió poco después edificar a los pies de la gruta una casa de pequeñas dimensiones con algunos frailes conversos que se le habían unido a causa de sus virtudes y que llevaban allí vida de ermitaños. Finalmente dicho de Paula viendo que muchas personas vivían según su estilo de vida y su misma austeridad, llorando los propios pecados con la gracia del Espíritu Santo, comenzó a construir un monasterio junto a la mencionada casa, que llamó iglesia de Jesús-María.

4. Al estar dicho monasterio a los pies de la casa y de las habitaciones de dichos fray Francisco y hermanos conversos, parecía que una gran roca estuviese a punto de caer encima desde lo alto del monte, amenazando con destruir el mismo templo. Como lo vieran los operarios y los maestros de obras gritaron a grandes voces con estas palabras: “¡Padre, Padre, la roca se ha roto y está a punto de destruir vuestro monasterio!” A cuyos gritos, saliendo el de Paula de la celda, y arrodillándose ante el Crucifijo que estaba junto a la iglesia, postrado, inclinó el rostro hasta el suelo y rogó a Dios con las oraciones acostumbradas. Tan pronto como hubo hecho oración, aquella roca que pendía de lo alto hacia abajo, allí quedó firme y estable. Poco después el de Paula tomó el bastón y lo fijó a la ladera bajo la roca, como si quisiera sostenerla; en este modo permaneció durante largo tiempo. Por lo cual, no pocos, procedentes de las provincias de Calabria, Nápoles y de otros lugares, y muchos de la ciudad de Cosenza, viendo dicha roca así suspendida, detenían su marcha. Este mismo testigo vio la situación de dicha roca. En verdad luego fue cortada y usada a utilidad de la construcción del mismo monasterio. Por la divulgación de este milagro, muchos, tanto sacerdotes como

laicos, movidos por devoción, abandonaron la vida mundana y se prestaron para ayudar a la construcción. Por esta causa han practicado obras buenas y han observado los días santos, tanto que, si alguno para comer llevaba en aquellos lugares algo de carne o de queso, enseguida lo encontraba lleno de gusanos; por tal motivo se veían obligados a usar como comida aquello que se solía comer en dicho monasterio.

5. Por esta razón los habitantes de Paterno, sabiendo de la penitencia corporal y de la austeridad de vida de *(Francisco)* de Paula, se reunieron y decidieron rogar a aquél de Paula que quisiera edificar un convento en la predicha ciudad, lo que aceptó por muchas y varias intercesiones. Por ello con algunos religiosos entró en una pequeña capilla existente extramuros de la ciudad de Paterno (en la cual habitaban algunos frailes, llamados vulgarmente en tierras de Italia “Frailes de disciplina”); allí, teniendo en las manos un pequeño bastón, ordenó a los operarios y encargados de las obras que excavarán la tierra en tres puntos, lo cual hicieron, de modo que en un lugar encontraron piedras idóneas para hacer la cal y para la construcción, en otro arena, y en el tercero agua; cosas todas ellas que nunca se habían hallado en aquel lugar. Pacificó también las divisiones entre los nobles de dicho lugar, originadas a causa de las luchas existentes en Italia.

6. Dice asimismo que un día había venido al convento de Paterno un noble para ver al de Paula y había atado la mula en la plaza adyacente al monasterio. Entonces, desatada la mula, coccó la cabeza de un joven que estaba allí, llamado Juan Bombino, hijo de Ángel Bombino, que era cuñado del testigo, de tal modo que la masa cerebral le descendía por la orejas y se le tenía prácticamente por muerto. Como vieran aquello el padre y los parientes del mismo, le dijeron de rodillas al de Paula: “Padre, tenemos por cierto que si quieres y oras a Dios, mi hijo será liberado del peligro de muerte.” A lo que el de Paula, movido a compasión, se puso a orar lloroso ante la imagen de la Anunciación; hecha la oración, tocó al muchacho, el cual comenzó a moverse. Entonces el de Paula dijo a su padre: “No desespere, antes bien, confía en el Señor que ha extendido hacia ti y hacia tu hijo sus manos auxiliadoras.” Y enseguida el padre y los otros llevaron al joven a casa (casa que muchas veces visitó el testigo), y transcurridos doce o quince días quedó restablecido como antes *(del suceso)*.

7. Dice además que había un tal Jacobo Valentini, casado con una hermana del declarante, llamada Sirónica (*¿Verónica?*), que habitaba en Paterno, en una casa de nueva construcción. Cuando se estaba edificando la casa, el hijo de Valentini, de cinco años, caminando por habitaciones y partes altas de la casa todavía no cubiertas, cayó desde arriba al suelo y se rompió la cabeza, de modo que quedó como muerto y sin dar señal alguna de vida. Viéndolo su madre, que tenía singular afecto de devoción al de Paula, se llegó llorando al monasterio desde Paterno, y de rodillas dijo: “Padre, te ruego por el amor de Dios, que te apiades de mí y ruegues al Señor por un hijo mío, que se ha caído desde un piso de casa sobre una dura piedra y allí yace muerto. Pero tengo confianza en la misericordia de Dios que si quisieras orar por él, Dios lo salvará y lo volverá a la vida”. A lo cual respondió el de Paula: “Hermana, ten fe en Dios y obtendrás ayuda”. Oídas estas palabras, volvió aquélla a casa, donde había dejado al niño muerto y se encontró con que emitía sonidos. Ella dijo después al mismo testigo que no creía que el hijo se hubiese recuperado más que por las intercesiones y méritos de aquél de Paula. El declarante, su madre y otros parientes acudieron a casa de Valentini a fin de ver al muchachito recuperado, el cual les fue mostrado por la antedicha *(su madre)*.

8. Ha dicho también el testigo que era igualmente opinión común que gran muchedumbre de gente que adolecía de diversas enfermedades, acudían, para ser curados, a aquél de Paula, quien, frecuentemente, bendiciéndolas, daba a algunos de ellos hierbas, a otros bizcochos y pan, a otros, naranjas; con estas cosas los enfermos se aliviaban. Por este motivo, algunos médicos de la región de Calabria, movidos por rencores y odio a causa de sus intereses, se reunieron para oponerse a las cosas que no eran, según decían, competencia de aquel eremita. Por ello, encargaron a un tal fray Antonio Scotet (*Scozzetta*), religioso bien versado en letras, para que le recriminara severamente. Una vez concluida semejante deliberación, el mismo Scotet, a pesar del intenso frío que hacía, se fue a aquél de Paula y le atacó con amenazas y palabras vehementes, diciendo: “¿Con qué autoridad sanas a enfermos y los bendices dándoles hierbas y otros alimentos? Eso no es de tu competencia.” Oídas estas cosas, viéndolo como fuera de sí y temblando a causa del frío, aquél de Paula entró en el convento y, trayendo un enorme tizón, dijo: “Calientate un poco y después te responderé a eso que me has dicho.” Dicho esto, el mismo Scotet, renovado por el ardor del Espíritu Santo, se echó en tierra a los pies de aquél de Paula, queriendo besárselos, diciendo, de forma que lo oyeron tanto religiosos como seglares: “Padre, Padre, mal me he comportado reprendiendo tu santidad y austeridad. ¡Oh, qué esclarecida región de Calabria! Felices son en verdad quienes ponen su confianza en tus devociones y oraciones.” En lo sucesivo el tal Scotet hizo pública, predicando, aquella santidad.

9. Dice además el testigo que, ya casado, tuvo una enfermedad tan grave que por tres o cuatro médicos fue desahuciado. De ahí que sus familiares recurrieran a aquél de Paula, quien les dijo: “Manteneos fuertes y firmes en el

Señor, pues enseguida vuestro hermano se restablecerá.” Les dio una naranja con un bizcocho para que el paciente los comiera. Entonces volvieron y entrando en la casa encontraron al enfermo algo aliviado de la enfermedad y diciendo: “Tengo hambre.” Por ello, no con semblante preocupado, sino contentos, le dieron la fruta con el bizcocho. Después de haber comido aquella fruta, poco a poco, transcurridos quince días, recuperó la salud. Sanado, visitó a aquél de Paula y estuvo con él cinco o seis días; y creía que se curó con su ayuda y no con otras cosas.

10. Dice además que fray Francisco de Paula, aunque nunca se había dedicado a las letras, sin embargo citaba la santa Escritura, razonaba, daba soluciones y la utilizaba muchas veces junto con otras sentencias; decía asimismo el Oficio de Santa María, los siete Salmos, las Vigilias de difuntos y las Horas canónicas, de lo cual muchos se admiraban. Y seis años antes de que marchara a Francia, el de Paula dijo a este testigo estas palabras: “Ángel, amigo mío, está cercano el tiempo en que deberemos ir a una tierra lejana, cuya lengua no entenderemos ni ellos la nuestra, porque así es la voluntad de Dios.”

11. Por último, ha dicho que un tal Juan Pignon, nacido de noble linaje, viniendo con el de Paula en cierta nave por mandato del Rey de Nápoles y de Federico su hijo, crecieron de tal modo los truenos y la tempestad sobre el mar que el patrón de la nave y los demás marinos creyeron que naufragarían. Por ello, buscando al de Paula, que estaba encerrado en una pequeña habitación, y explicándole los peligros, dijeron: “Si Dios no nos es propicio con tus interpuestas súplicas, con toda seguridad naufragaremos.” Oído esto, el de Paula, dijo: “¡Estupendo! Cristo nos conducirá al puerto de salvación.” Dicho lo cual, por su intercesión, el mar vino a hallarse tranquilo y plácido como deseaban.

12. Dice finalmente este testigo que volviendo el difunto Señor de Aubigny de Calabria a Francia, lo llevó con él; y así, recordando al de Paula, quiso ir a visitarlo al monasterio de Plessis les Tours y renovar así la amistad que en el pasado tuvieron. Le dijo el de Paula: “Ángel, amigo mío, por caridad, hace tres días que te vi venir.” Y, después de haber hablado largo y tendido, le dijo: “Es preciso rogar a Dios por la salvación de tu madre”, (cuya muerte el testigo ignoraba, pero de la que fue informado posteriormente por carta). Y le reveló otras muchas cosas, ignoradas de todos salvo de Dios, por lo que le cree bienaventurado, en compañía de Dios y de sus Santos. Y más no sabe.